

Editorial

Este número de *Oficios Terrestres* está dedicado al Mundial de Fútbol del 78. O más bien: a la memoria de lo que fue silenciado, de lo que fue estrangulado. A la memoria de los crímenes. A la necesaria memoria de las luchas.

El golpe de Estado de 1976 no fue sólo un golpe militar, sino que tuvo como cómplices a sectores civiles y religiosos que fueron responsables de la más negra etapa de la historia. Ya lo denunciaba Rodolfo Walsh en la carta a las Juntas, obligado a una "forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años". Una carta donde dejaba claro que una política contra las mayorías sólo podía "imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina".

Pero era imposible que en ese documento emblemático Walsh pudiera dar testimonio de un acontecimiento que todavía no había sucedido y que aún hoy, treinta años después, nos deja atónitos: un estadio repleto aplaudiendo a Videla, o un pueblo volcado masivamente a las calles, festejando el éxito deportivo en medio de la tragedia silenciada.

Aún hoy sigue teniendo valor animarse a preguntarnos sobre el sentido de aquellas imágenes, sobre el acontecimiento deportivo y su

alcance social y político, sobre la resistencia del pueblo y los goles de Kempes, sobre la corrupción económica y las obras faraónicas, sobre las denuncias de la comunidad de exiliados y la "campana antiargentina", sobre los metros que separaban a la ESMA del estadio de River, sobre la viabilidad histórica de aquella consigna frustrada "Argentina campeón, Videla al paredón".

Y también, en la oscura trama de aquellas imágenes de un "pueblo feliz" que reprodujeron hasta el cansancio los apologistas de la dictadura, debemos preguntarnos sobre la ineludible responsabilidad de buena parte de los medios de comunicación, como protagonistas de esa complicidad siniestra en un contexto de fuerte mordaza informativa, persecución y asesinato de muchos otros periodistas que no callaron ante la infamia.

Argentina había obtenido la sede del Mundial de fútbol de 1978 muchos años antes del golpe del 76. Es más, el logo oficial del torneo (aquel contorno de dos brazos alrededor de una pelota) simboliza inequívocamente el viejo y famoso saludo del general Perón, que la dictadura no pudo eliminar porque ya estaba aprobado internacionalmente. En un pueblo como el nuestro, donde la cultura popular ubica al fútbol en un lugar privilegiado, el gobierno militar no iba a perder la ocasión de utilizar semejante acontecimiento para intentar fortalecerse ante el mundo, lavando la sangre de sus crímenes alrededor de la pasión

popular por el deporte. Como hiciera Hitler en la Alemania del 36 (con los Juegos Olímpicos de Berlín) o Mussolini en la Italia del 34 (con el mundial de fútbol), Videla y compañía desplegaron aquí una infernal campaña de apoyo al régimen, asociando los éxitos deportivos del equipo nacional, con los supuestos éxitos del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional.

En los meses previos al torneo, entre la comunidad de exiliados latinoamericanos y las organizaciones internacionales que denunciaban en el mundo los crímenes de la dictadura, se llevaron adelante intensas acciones que comenzaron auspiciando un boicot al Mundial, y terminaron aprovechando la realización del mismo para profundizar las campañas de denuncia. Frente a todo esto, la dictadura habló de la existencia de una “campaña antiargentina” y convocó al pueblo a utilizar el Mundial para “mostrarle al mundo lo que los argentinos somos capaces de hacer cuando estamos unidos detrás de un objetivo”. Miles de argentinos aplaudiendo en los estadios, y decenas de miles festejando en las calles de las ciudades de todo el país parecían darle la razón a la perversidad de esa estrategia. Y aquí aparecen aquellas preguntas con muchas respuestas posibles ¿cómo y por qué pasó?, ¿cómo y por qué nos pasó?

Sería absurdo pretender una respuesta única y lineal a estas preguntas. Pero algunas aproximaciones son imprescindibles:

- como bien nos enseñara Walsh, el plan asesino de la dictadura vino a implementar un plan económico que en aquel momento contaba con la fervorosa adhesión de sus activos impulsores: los viejos sectores dominantes de la economía, concentrados en torno a la tradicio-

nal oligarquía de la Sociedad Rural (que había puesto a Martínez de Hoz como ministro), y los nuevos actores de los grupos financieros diversificados y transnacionalizados. Estos grupos estaban en el apogeo de su poder y no iban a abandonar fácilmente la posibilidad de sostener los intereses que defendían,

- el uso del triunfo deportivo por la dictadura, no tuvo una reproducción homogénea en todos los estratos sociales. En los sectores populares, donde el fútbol como fenómeno popular y masivo encuentra su sentido en las raíces de nuestra configuración como nación y como pueblo desde los inicios del siglo XX, es posible rastrear infinidad de testimonios donde el festejo emocionado de los zurdazos de Kempes y las atajadas de Fillol, no estuvo para nada asociado a una legitimación de la dictadura. Esos sectores, a quienes el precio de las entradas y la política represiva y persecutoria del gobierno hasta les impidió ir a los estadios, encontraron en la movilización desbordada de junio del 78 una especie de pequeño y legítimo momento de embriagadora descarga emocional, en medio de las terribles condiciones de época,

- los medios (siempre los medios) tuvieron un orgiástico bautismo de fuego en su tarea de exaltar y asociar perversamente a la dictadura militar con las movilizaciones populares por el éxito del Mundial. A diferencia de la vieja frase atribuida a Perón (“me echaron con todos los medios a favor, y volví con todos los medios en contra”), esta vez el terrorismo de estado aplicado sobre la comunicación fue una herramienta imprescindible en la tarea de silenciar y distorsionar voces opositoras y admitir un único relato posible desde el poder hegemónico. Cuatro años después, durante la guerra de Malvinas, los medios y la dictadura volverían a tener una nueva posibilidad de se-

llar a fuego su pacto de sangre. Los medios nunca fueron sólo instrumentos de transmisión de información. Los periodistas nunca fueron profesionales de una verdad objetiva, expertos neutros en el develamiento de lo real. Eso lo sabemos hace muchos años en las carreras de comunicación, pero también lo sabemos en la vida cotidiana de cada uno de los que nos sentamos ante la televisión, la radio, Internet o la prensa escrita.

La memoria, sólo la memoria, no garantiza nunca que el horror no vuelva a suceder. Pero la memoria advierte, y mucho más en un contexto histórico donde poco a poco las políticas de estado se comprometen en llevar adelante acciones de justicia. El trabajo sobre la memoria advierte ante la naturalización del horror: nos detiene, nos insita a preguntar nuevamente. Nos permite peinar a contrapelo el presente y las posibilidades del futuro.

Hablar del Mundial de 1978 hoy nos lleva a la reafirmación de una condena, pero también a la pregunta sobre las responsabilidades civiles y religiosas. Y en las carreras de comunicación a las responsabilidades y complicidades (que no es lo mismo) del campo de los medios y del periodismo. Porque junto a los que lloraron y lucharon, los que se comprometieron, estuvieron también aquellos que hoy siguen estando y que amparados en la vergüenza de la historia siguen trabajando para las minorías de siempre. Verdad y Justicia.

*Alejandro Verano
Decano de la Facultad de Periodismo
y Comunicación Social de la UNLP.*





ARGENTINA '78





La justa deportiva sin igual: avatares del Mundial 78

Por Pablo Alabarces

Pablo Alabarces es Doctor en Filosofía por la Universidad de Brighthon. Profesor Titular del Seminario de Cultura Popular en la carrera de Ciencias de la Comunicación en la UBA. Autor de *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina; Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina y Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política.*

1 Pocos escapan a esta descripción rápida. Para señalar alguno: el guión de Ezequiel Fernández Moores para el documental dedicado al caso en 2003.

2 Esa tendencia tradicionalista de la dictadura aparecía en relación con el Mundial en la elección de su mascota: previsiblemente, fue un pequeño *gaucho*, llamado Pampita. El tradicionalismo esencialista del gobierno militar debía por fuerza ser ruralista, y la recuperación del gaucho fue un movimiento consecuente.

La metáfora de los ríos de tinta es aquí absolutamente inútil: sobre el infausto Mundial de 1978 no se ha escrito lo suficiente. Y mucho menos desde las Ciencias Sociales que apenas lo han mencionado entre las marcas inolvidables de la dictadura o, lo que es más usual, como ejemplo máximo de una exitosa alienación de masas. Para el periodismo, por su parte, cualquier indagación más o menos rigurosa choca de buenas a primeras con la notoria y activa (y entusiasta) participación de una buena cantidad de colegas insospechados de colaboracionismo; y para irritación del menottismo aún hoy activo y fundamentalista (pienso en casos patológicos como el de Horacio Pagani, pero también en otros menos militantes), esa indagación no puede soslayar el incontrastable dato del sospechado partido con Perú¹. Ante ese cuadro, volver a pensar el Mundial de modos menos esquemáticos, y especialmente en lo que tiene que ver con la actuación de los medios de comunicación y los periodistas, es una tarea indispensable.

Lo que sigue es una síntesis de mis afirmaciones en *Fútbol y Patria...*, mi libro de 2002 recientemente reeditado (Alabarces, 2008). No he regresado al tema, por lo que nada puedo

añadir a esas páginas. Apenas comprobar su actualidad.

Un relato esencialista: la nuestra (¿la de quién?)

La designación de César Menotti como técnico del seleccionado argentino en 1974, tras el fracaso en el Mundial de Alemania, significó el inicio de un nuevo ciclo. Los éxitos deportivos que tuvieron lugar entre 1974 y 1982 (con un primer título mundial en 1978 y el campeonato juvenil del mundo en 1979) se sustentaron en la supervivencia poderosa del relato mítico original del estilo argentino. Menotti argumentaba con vehemencia a favor de ese relato de *la nuestra*, repudiando el ciclo de los años sesenta como una “desviación” respecto del mito.

Turner ha señalado que este discurso esencialista coincidía ideológicamente con el momento en que la dictadura militar argentina defendía “el tradicional estilo de vida argentino” contra la “amenaza comunista”²; sin embargo, el discurso de Menotti ha sido considerado, paradójicamente, como de *izquierda* por cierto periodismo “levemente progresista” (Turner, 1998). Su análisis de la revista *El Gráfico*, entonces todavía central en la administración del imaginario deportivo argentino (la edición del 26 de junio de 1978, luego del partido final, es un récord para revistas deportivas: 600.000 ejemplares), revela que los ejes argumentativos se centraron en cuatro ítems:

a. Un poderoso “nosotros inclusivo”, que asociaba la acción gubernamental y deportiva a la de “todo un pueblo”. Esta estrategia es coherente con la del gobierno: los *slogans* centrales de la propaganda fueron “Veinticinco millones de argentinos jugaremos el Mundial” y “En el Mundial usted juega de argentino”. Si el

primero remite a la postulación de un *nosotros* sin fisuras que incluye a todos los sujetos, el segundo pone en escena un carácter fuertemente pedagógico, combinando un imperativo que no admite discusión y la asignación de un rol que tampoco puede discutirse, bajo pena de colocarse por fuera de lo nombrable. Como dice la nota editorial de la revista del 23 de junio de 1978: "Llegamos al final. No solamente los jugadores, sino todos. Se acabaron los YO refugiados atrás de aislados gritos. Ahora somos *nosotros* sin distinción de colores, como debimos ser siempre. Goleamos al destino y derrotamos a las sombras" (Op. cit., p. 3).

b. El fuerte carácter nostálgico de los textos: la actuación del equipo argentino se lee como el retorno a una *edad de oro*, como el regreso a las fuentes. Esta marca también es coherente con las estrategias de gobierno: las proclamas de la dictadura abundaron en verbos tales como "reorganizar", "devolver", "recuperar", "reencontrar" (Turner, 1998: 146). Dice *El Gráfico*: "Y todo lo que siguió fue, como no hace mucho lo pedíamos en estas mismas páginas, un retorno a las fuentes" (23 de junio de 1978, p. 19).

c. Consecuentemente, la inscripción histórica: no estamos frente a un hecho meramente deportivo, sino frente al clímax de una serie histórica ("La hora más gloriosa del fútbol argentino", dirá la portada de *El Gráfico* el día del éxito). *El Gráfico* funciona asimismo como texto que enlaza toda esa historia: es el discurso que inaugura la serie, en el momento de fundación del fútbol argentino y de su mito de estilo, y es también el que celebra su coronación. Así, si el *retorno* es la palabra clave, *continuidad* es la práctica, y *El Gráfico* es el lazo de esa continuidad:

"Con ustedes, por el mismo túnel, camina una historia. Escrita con zapatillas rotas en los potreros o pies descalzos en la arena. Crecida en las orillas del mar o de las zanjas. Educada en los penales que se cobran a trompadas y sometida a la desgracia que levantó las banderas de su origen, aun en los campos más extraños. Territorios conquistados con mágicas gambetas que parecían vengar antiguas ofensas. Dominios alcanzados para siempre con el fabuloso poder de los goles a un toque. Una valerosa historia que se mantuvo en pie y soportó altiva los crueles ataques que le dirigen con fuerza y potencia, que se hizo grande aguantando alevosos golpes y codazos lanzados con intenciones ocultas. Una historia defendida letra a letra por sabios que conocían profundamente el sentido de este juego tan parecido a la vida [...] Y hay millones de ojos acechando otra vez el nacimiento del milagro. Ahora, no se olviden de transmitir el sentimiento..." (*El Gráfico*, 15 de junio de 1978, p. 38).

d. Una fuerte estandarización cultural del *otro*: si la identidad no tiene fisuras, porque *todos somos argentinos*, el *otro* debe estandarizarse a los efectos de que funcione como *otro significativo*, de manera fácil y esquematizada. Así, la revista presentará una serie de nacionalidades caracterizadas con epítetos: los holandeses son sospechosos (drogas, homosexualidad, excesos), los polacos conflictivos, los peruanos religiosos, los suecos trabajadores, los iraníes exóticos. Y los escoceses, por supuesto, son borrachos:

"Uno sabe –y además lo escribió– que las puertas del Sierra Hotel se abren a todas horas para que los jugadores entren y salgan cuando se les ocurra. Es testigo de la ansiedad de estos hombres por jugar dinero en el casino, por

aprovechar en la conquista amorosa ese halo de exotismo que los rodea [...] Uno ve todo eso, palpa la autosuficiencia, la casi descarada confianza de estos conquistadores que visten 'kilts' (polleritas), boinas, medias tres cuartos y zapatos abotinados [...] Escocia nos había contagiado su optimismo a través del grupo de hinchas fervorosos, de las incontables botellas de cerveza consumidas por sus jugadores. 'Porque todo lo antinatural en un deportista, los escoceses lo habían transformado, aquí en Córdoba, en artículo admirable, elogiado. Tontos los argentinos que hace meses vienen concentrando...'. [...] Escocia se queda sin piernas. Díaz se la quita a Rioch y éste ni siquiera intenta correrlo. Son piernas de espuma. El mito de la cerveza como una forma de preparación atlética comienza a derrumbarse" ("Lo de Perú no fue un milagro", en *El Gráfico*, 6 de junio de 1978, pp. 32-36).

Estos mecanismos no son privativos de *El Gráfico*. La censura es férrea, a veces tanto que se vuelve ridícula: diversas fuentes insisten en una directiva oficial prohibiendo las críticas deportivas a Menotti y al equipo nacional. Pero la extensión de estos argumentos celebratorios nos permiten hablar también de una hegemonía discursiva que la mayoría de los periodistas deportivos no estaban interesados en discutir. Por cierto que, en el período, la violencia y el terror de la dictadura funcionan como coacción suficiente para evitar cualquier asomo de distancia o resistencia en todos los discursos públicos. Sin embargo, cabe preguntarse qué hubiera ocurrido si el periodismo argentino hubiera al menos tratado en conjunto de adoptar posiciones menos genuflexas y obedientes.

Para rematar, Juan De Biase dice en el diario *Clarín* al comenzar el campeonato:

"Asegurar el éxito [del torneo] es una obligación, porque va más allá de lo deportivo, para configurar la imagen del país, una imagen a la que todos damos vida, seamos o no aficionados al fútbol. Y por encima de todo esto [...] se trata de una cuestión nacional.

¿Escapismo? Esta es una discusión que se pueden repartir los sociólogos y el diván de los analistas" (*Clarín*, 1 de junio de 1978).

Silencio o hipérbole

El nacionalismo futbolístico alcanzó su pico en este Campeonato Mundial de 1978. Pero se trata de un nacionalismo en el que podemos acceder a un solo soporte: el discurso oficial. Toda otra palabra, en el contexto de la dictadura, queda silenciada. Los testimonios sobre el Mundial que señalan un grado máximo o mínimo de distancia sólo aparecen hacia el final de la dictadura, cuando el campeonato comienza a transformarse en una metáfora del ocultamiento y el silencio, frente a, como veremos, su simbolización como júbilo, festejo y unitarismo en el momento de su realización. Frente al Mundial, en el clima exitosamente represivo que la dictadura instala desde 1976, sólo caben dos voces disidentes: la del exilio, que no circula en la Argentina y que no nos sirve como fuente para interpretar la lectura interna del fenómeno –justamente por su condición exterior–, y la del ya entonces nombrado como "movimiento del rock nacional", que en su publicación más exitosa y representativa, la revista *Expreso imaginario*, opta por la más radical de las disidencias: el silencio absoluto. El *Expreso imaginario* no hace ninguna mención al torneo en todo el año 1978. Como oposición en un momento en que el Mundial domina todos los textos, el gesto rockero funciona como alternativa (como afirman Goldstein y Varela, 1990).

Por el contrario, como señalé, el discurso oficial está por todos lados, capturando todos los sentidos posibles. Meses después del torneo el film *La fiesta de todos* (dirigido por Sergio Renán en 1979) se encarga de compilar y exhibir buena parte de los argumentos convocados. La palabra dominante es nuevamente *todos*, soportado por un *nosotros universal* que se hace presente en los primeros enunciados: “Nosotros, los argentinos” es el pronombre que conduce la narración (lo que ya era legible en el texto de la “Marcha del Mundial”: “Veinticinco millones de argentinos/jugaremos el Mundial...”). Pero ese *todos* debe señalar las fisuras, porque no hay identidad nacional sin *otro* significativo: la otredad se designa como un enemigo que juega en lo interno y en lo externo (en alusión a la pretendida “campana anti-Argentina”) a través de la malevolencia y el escepticismo. El tratamiento de los rivales es respetuoso, hasta llegar al final, cuando la xenofobia se manifiesta en la voz del narrador folclórico Luis Landriscina de manera desembozada: “Era inevitable. Nuestra alegría significaba la tristeza de los brasileros. Y bueno. En otros tiempos, ellos festejaban como si fueran carnavales sus victorias, mientras nosotros nos conformábamos con ser campeones morales”³.

Corrección al fin (no olvidar que la dictadura impone una moralina cerrada), las imágenes de los festejos desplazan el canto original (“Ya todos saben que Brasil está de luto/son todos negros/son todos putos”) por un increíble “Se van para la B...”, suprimiendo la clásica referencia homofóbica –y en el mismo movimiento, racista– de las hinchadas argentinas. En términos de género, las mujeres deben incluirse, porque el *todos* es demasiado poderoso para soportar su exclusión, aunque la inclusión femenina se produzca con la exclusión del saber deportivo, con la incorporación de un

público que sólo defiende una bandera y unas preferencias erótico-estéticas: la mujer “invasa y alegra los estadios”, para elogiar “la pinta de Paolo Rossi” (“con los ojos que tiene...”) ⁴. Pero, homofóbicos al fin, las operaciones de inclusión –casi– universal revelan un nuevo *otro* insospechado: la exclusión se produce sobre el homosexual, en la figura de un peluquero que se niega a dejar de ver un tele-teatro frente a sus clientas que reclaman el partido Argentina-Brasil.

Un segundo elemento excluido del *todos* es significativo. Frente a un clima representado de “alegría, solidaridad y confraternidad”, la única disidencia está señalada por la presencia de aquél que hace negocios: el hecho comercial del Mundial está minuciosamente expurgado del film, para el que el torneo sólo significa un escenario de afirmación patriótica y deportiva. Con una excepción: un vendedor de banderas y vinchas argentinas que sube y baja sus precios de acuerdo a los vaivenes deportivos. Oficio popular y tradicional, el “busca” que vende informalmente en la entrada y salida de los estadios es catalogado, en la lógica de la película, como el único actor cuyo objetivo es la maximización de la ganancia económica, no la simbólica. A la luz de los hechos –el gigantesco negocio que significan los Mundiales, y la corrupción extendida que rodeó a la organización de éste en particular– este señalamiento no deja de causar escozor –o pavor–.

La narración del film se confía a “artistas populares” (Nélida Lobato, Landriscina, como locutores; Juan Carlos Calabró, Ricardo Espalter, Mario Sánchez, Luis Sandrini, como actores de precarias ficcionalizaciones) y a periodistas deportivos (Néstor Ibarra, Enrique Macaya Márquez, Diego Bonadeo, Héctor Drazer) o generalistas (Roberto Maidana). Pero el cierre, allí donde el discurso celebratorio y narrativo

3 Landriscina funciona en el film como el principal narrador (en términos de la cantidad de entradas, y de la centralidad de sus textos). Una posibilidad de trabajo: la recurrente relación planteada entre la figura de Landriscina y los argumentos nacionalistas, a partir de su asociación con el interior del país, por su condición de provinciano y por sus “habilidades telúricas” (la narración oral). Incluso en la publicidad: parece no haber mejor figura para publicitar yerba mate, que se presenta como un símbolo de argentinidad. Su asociación con la figura de la cantante folclórica Soledad Pastorrutti, a finales de los 90, operaría como una duplicación del símbolo. Ver al respecto el desarrollo del análisis en relación con esta última en Alabarces, 2008.

4 El menosprecio disfrazado de reconocimiento que el film practica con el público femenino llega a su clímax con una intervención de la escritora Martha Lynch, quien afirma: “Ya el fútbol había pasado a ser una cosa más importante que *las vidrieras* y *las peluqueras*”. Lo juro, dice eso.

5 El análisis de otros textos contemporáneos apunta en el mismo sentido del que planteamos en torno del film, en cuanto a proponer la construcción de un nuevo *nosotros universal*. Ver, por ejemplo, el discurso del dictador Videla por la cadena nacional de televisión y radio al día siguiente de la final (reproducido en Palomino y Scher, 1988, pp. 173-174).

6 Testimonios obtenidos en entrevistas a hinchas argentinos entre 1996 y 1998.

7 El 26 de junio de 1978 yo era estudiante secundario en la Escuela Normal Mariano Acosta, entonces colegio reservado para varones. Por supuesto, decidimos que el triunfo deportivo era una excelente excusa para conseguir un día de asueto, y presionamos a las autoridades para que nos dejaran salir. Lo obtuvimos: mientras bajábamos las escaleras, alguien propuso ir a la Plaza de Mayo; la puteada de respuesta fue unánime. Era claro que el asueto no era para celebrar nada, sino una excusa para ir a ver mujeres (en este caso, las compañeras del Normal 8). No quiero decir con esto que nuestras hormonas fueran políticas; pero al menos nos evitaron la vergüenza de vivir a Videla.

8 La referencia es a De Certeau (1996), referencia que no está en Bayer.

9 La transmisión televisiva local mostraba una banda negra que ocultaba las consignas anti-dictatoriales dispuestas por organizaciones de defensa de los derechos humanos en las tribunas japonesas.

cede paso a un explícito acento ideológico, se le confía a un intelectual, que funciona aquí como vocero orgánico de la dictadura: se trata del historiador Félix Luna, que a un costado de los festejos por el triunfo enuncia a la cámara la interpretación oficial:

“Estas multitudes delirantes, limpias, unánimes, es lo más parecido que he visto en mi vida a un pueblo maduro, realizado, vibrando con un sentimiento común, sin que nadie se sienta derrotado o marginado. Y tal vez por primera vez en este país, sin que la alegría de algunos signifique la pena de otros [...]”.

A lo que el locutor agrega como coda: “Esta fue nuestra mejor fiesta. Porque fue la fiesta de todos”⁵.

¿La fiesta o la vida?

Caben aquí como cierre dos señales. La primera: ¿cómo interpretar las manifestaciones espontáneas de júbilo que inundaron las calles de Buenos Aires tras los dos últimos partidos? Es imposible generar empiria que apoye o resista ninguna interpretación, lo que convierte a toda apuesta en conjetural. Las entrevistas a participantes en los festejos están marcadas por la distancia temporal, que en la historia argentina significa estar atravesados por la conciencia de la dictadura. No hay informante que pueda evitar esa marca: recordar los festejos significa inmediatamente acotaciones del tipo “no sabíamos lo que estaba pasando”, “nos usaron”⁶. La textualidad de la época, dominada por el doble mecanismo de la censura-auto-censura, no ofrece ninguna garantía. Como uno de los pocos elementos disponibles está el hecho de que las manifestaciones evitaron la politización: salvo un grupo de estudiantes secundarios el día siguiente de la final, que se di-

rigieron a la Plaza de Mayo y reclamaron la presencia del dictador Videla, no hay en los festejos ninguna marca que permita suponer un desplazamiento de lo futbolístico a lo explícitamente político⁷. La dictadura no se celebra en las calles ni en los estadios: por el contrario, apenas dos años más tarde el dictador Viola es celosamente silbado en el estadio de Rosario Central. Osvaldo Bayer avanza en esta línea al proponer la interpretación opuesta: los festejos funcionan como una manera de recuperar la calle como espacio público, como el espacio clásico de la política argentina del que la sociedad ha sido desalojada por la fuerza, y que reconquista con un “dispositivo de astucia”⁸. Si superamos la clásica asociación entre política y deporte abonada por Jean-Marie Brohm y epigonalmente por Sebrelí, según la cual toda manifestación de masas significa un nuevo ejemplo de manipulación e idiotización, la lectura de Bayer es una conjetura seductora.

La espontaneidad de los festejos (no hubo ningún tipo de convocatoria, ni oficial ni mediática) es un dato que entiendo clave para establecer una interpretación. Los actores parecieron leer rápidamente una fisura en el control, e instituyeron así un mecanismo doble: la re-ocupación del espacio público, y el auto-reconocimiento en una multitud (la primera vez, vale recordarlo, desde antes del golpe militar). Las manifestaciones, asimismo, diseñaron recorridos múltiples, no se limitaron al centro urbano (el Obelisco) y sus adyacencias: ocuparon también espacios barriales, como el Parque de los Patricios. Por último, y como dato contrastante que permitiría ratificar la interpretación desarrollada, al año siguiente el equipo argentino obtuvo el Campeonato Mundial Juvenil de fútbol en Japón⁹, el mismo día que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) comenzaba sus actividades de investigación en

Buenos Aires sobre la situación de los detenidos-desaparecidos. En este caso, los medios convocaron explícitamente a la manifestación del festejo: los periodistas Julio Lagos desde *Radio Mitre*, José María Muñoz desde *Radio Rivadavia* y José Gómez Fuentes desde *ATC* invitaron a sus públicos a un festejo callejero en Plaza de Mayo, con la colaboración del Ministerio de Educación que decretó un asueto estudiantil¹⁰. En el caso de Muñoz, ese festejo (esa convocatoria) se politizó radicalmente: “Vayamos todos a la Avenida de Mayo [donde funcionaba la oficina de recepción de denuncias, en el número 760] y demostremos a esos señores de la CIDH que la Argentina no tiene nada que ocultar”. La aparición de esta convocatoria explícita señalaría, por oposición, la espontaneidad de lo ocurrido un año atrás, y la necesidad del aparato de poder de restablecer sus mecanismos de control, por codificar lo que podía significar autónomamente.

Segunda señal: a pesar de esta interpretación, que vería en las manifestaciones una forma desviada de la contestación, la memoria del Mundial funciona en la sociedad argentina como un lastre significativo. *Deportivamente*: el triunfo por seis goles contra Perú en la rueda semifinal, que permite el paso de Argentina a la final desplazando a Brasil, es reiteradamente calificado como producto de un acto de corrupción, de negociaciones gobierno a gobierno, de sobornos masivos; esta posibilidad, que la memoria de la dictadura alimenta, impide incluso el simple goce de un triunfo deportivo. *Políticamente*: como señalé, el Mundial comenzó a ocupar, al final de la dictadura, el lugar de símbolo de la manipulación, del ocultamiento, del escamoteo, de la estupidez colectiva. Vale como muestra la aparición reiterada de las imágenes del Mundial en fragmentos de films de la transición democrática: cualquier televi-

sor encendido que quisiera representar ese momento aparecía mostrando esas imágenes, designando de manera rápida todo el período dictatorial. En dos films en particular, esa señal se vuelve central: en *Hay unos tipos abajo* (de Alfaro y Filipelli, 1985) los sonidos mundialistas sirven de eco persistente a la amenaza del secuestro; en *La deuda interna* (De Pereira, 1987) el Mundial permite la aparición del televisor, y motiva la separación más radical entre el *maestro conciente* (Juan José Camero) y los públicos manipulados por un patriotismo banalizado. En el mismo sentido, la cobertura periodística del vigésimo aniversario de la obtención del título (durante julio de 1998) manifestó esta inestabilidad: ni aún a la distancia –o peor, porque la distancia significa más conocimiento y no mayor olvido– el Mundial podía celebrarse con plenitud. Como ejemplo: la revista *Noticias* tituló en tapa con la “pregunta incómoda”: “¿Y vos, papá, que hiciste en el Mundial 78?”. La pregunta era obviamente retórica, porque la respuesta era vergonzosamente imposible.

Finalmente y para ratificar todo esto: en ocasión de celebrarse el 25° aniversario de la obtención del Campeonato Mundial, en julio de 2003, buena parte de los textos periodísticos insistieron en la tesis de la influencia en el deporte de la dictadura militar, relativizando incluso la validez del éxito futbolístico (salvo los defensores acérrimos de la figura del entrenador Menotti, especialmente el diario *Clarín*). Asimismo, algunos jugadores involucrados en la organización de una fiesta de celebración (especialmente, Julio Ricardo Villa, que había jugado el Mundial, y Claudio Morresi, hermano de un desaparecido, que no jugó) trataron de que el fútbol saldara esa deuda, incorporando la presencia y el homenaje de los Organismos de Derechos Humanos en el estadio de River. Nadie quiso responsabilizarse por la negativa

10 Es decir: no provocado hormonalmente.

(todos apuntaban al Gran Bonete), pero las Madres de Plaza de Mayo no pudieron participar en la ceremonia. Y a la vez, la concurrencia fue escasa. El *establishment* futbolístico no estaba dispuesto a aceptar un reconocimiento político de su complicidad con la dictadura... pero los hinchas tampoco parecían dispuestos a convalidar tamaña indiferencia.

Bibliografía citada

-ALABARCES, PABLO. *Fútbol y Patria*, Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008. 4ta. edición revisada y aumentada.

-BAYER, OSVALDO. *Fútbol Argentino*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

-DE CERTEAU, MICHEL. *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

-GOLDSTEIN, MIRIAM y VARELA, MIRTA. "Dictadura política... ¿Democracia del rock?" En: *Cuadernos de la Comuna*, 12, Comuna de Puerto General San Martín, 1990.

-PALOMINO, HÉCTOR y SCHER, ARIEL. *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*, CISEA, Serie Documentos 92, Buenos Aires, 1988.

-TURNER, ALEJANDRO. "25 millones de argentinos. Fútbol y discurso en el Mundial 78". En: ALABARCES *et al.* (ed.), *Deporte y sociedad*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

**"Los argentinos
somos derechos
y humanos"**

La gramaticalización futbolística

Por Juan Bautista Branz

Juan Bautista Branz es Licenciado en Comunicación Social. Docente de la Cátedra de Comunicación y Recepción de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Maestrando en Deportes de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP), 2008.

1 Basándome en la idea de realfabetización cultural de Travis, retomada por Luis Antezana, en "Fútbol: espectáculo e identidad" en: ALBARCES, PABLO. *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Argentina, 2003, p. 86.

2 César Luis Menotti fue el Director Técnico de Argentina en el Mundial disputado en 1978.

3 Pablo Alabarces trabajó sobre las narrativas futboleras de la nación a lo largo de su historia.

4 Se prescinde de la fuerza de trabajo.

Si hablamos de rupturas y continuidades, deberíamos plantear cuánto hubo de quiebre y cuánto permanece hoy de aquella construcción mediática del Mundial de Argentina 78. Y si anclamos conceptualmente en la idea de una gramaticalización¹ futbolística, podremos pensar que la relación fútbol-medios de comunicación sabe más de continuidades que de rupturas. Sobre todo si revisamos cómo se articuló aquel vínculo durante el campeonato ganado por el equipo de Menotti².

La correcta y prolija organización del Mundial sería una oportunidad política. Para los militares, operaría a favor de completar el consenso civil –al mejor estilo Gramsci–, ya obtenido en algunos sectores (como el empresarial o el agrícola-ganadero). De aquí que diversos autores retomen la idea de dictadura cívico-militar.

La gramaticalización futbolística necesitaba, en "tiempos de reorganización nacional", de reglas propias y actores encolumnados al campo del deporte –un espacio con autonomía relativa–. En términos de continuidad, podemos decir que la relación entre los medios de comunicación y el Mundial 78 fue una de las instancias del proceso fútbol/medios a lo largo de nuestra historia (desde los tiempos inmigra-

torios, pasando por la etapa peronista, hasta la dictadura)³. En esta historización del proceso, el Mundial constituyó una regramaticalización. Las reglas se reacomodaron para cumplir sus objetivos. Pero también podríamos leerlo sincrónicamente. Se requería un relato que, a través de todo tipo de argumento, instalara una sola moción: *El Mundial llevará a elevarnos ante el mundo, como una Nación que pretende reestablecerse, a partir de un éxito deportivo construido por la totalidad de la sociedad.*

He aquí el carácter inclusivo del discurso. Mientras el costo social del modelo guardaba relación con el deterioro del mercado de trabajo –revalorizando el capital mediante mecanismos financieros⁴, la desintegración de los lazos sociales se "neutralizaba" (por lo menos por un mes)⁵ mediante una narrativa llena de pasiones e incondicionalidad por la Patria.

La consigna, muy clara. El proceso de gramaticalización se pondría en marcha a través de los medios de comunicación y una estrategia suntuosamente elaborada –y colaborada– por especialistas de turno. Desde *ATC*, *Canal 9*, *11* y *13*, las publicaciones *El Gráfico* (estándar de los militares), *Gente*, *Goles*, *Clarín*, *La Razón*, entre otras, y con la cooperación de varios personajes de diferentes rubros como Carlitos Balá, Juan José Camero, Juan Manuel Fangio, Carlos Monzón, Bernardo Neustadt, Joaquín Morales Solá, Mariano Grondona, José María Muñoz, entre muchos, asistimos, según Pablo Llonto⁶, a la única propaganda y a la única posibilidad de tratamiento mediático sobre el Mundial, teniendo en cuenta la férrea y celosa censura dispuesta por los militares ante cualquier discurso "anti-mundial argentino". Como diría Aníbal Ford, se "puso en marcha un franco, ambicioso y también frustrado operativo de 'lavarle el cerebro' al 'argentino histórico' [...] a través de la estrategia 'económica-

cultural' de Martínez de Hoz apoyada en la publicidad estatal, la desinformación, la represión"⁷. Todo, por supuesto, bajo el marco de la UNESCO, del *flujo libre de la información*, y desde la consigna persuasiva del paradigma laswelliano, pensando en un receptor absolutamente pasivo ante *mensajes unidireccionales*. En pocas palabras, reduccionismo y mecanicismo informacional.

La narrativa pro-mundial se apoyaba en el relato nacionalista, patriótico, donde todos los argentinos jugarían el mundial a cambio de mucho fervor y entusiasmo, convencidos de que no sólo era un mundial de fútbol, sino la única manera de "reorganizarnos" como Nación, a través de *lo más sano y pacífico que existe: el deporte*. El discurso mediático incluía –hasta agotar el *stock*– calificativos superlativos a la *fiesta pura del mundial*, en definitiva a la *reorganización*... Como Joaquín Morales Solá que, con gran emoción y entusiasmo, escribía su crónica en una columna de *Clarín*, apenas comenzaba el campeonato:

"Nadie que repase los últimos días podrá dejar de advertir que la Argentina ha cambiado. Desde hace 72 horas una gran mística unió a los argentinos en un grito de alegría y fervor. En efecto, el Mundial de Fútbol –ese hecho inigualable que no volverá a repetirse aquí por varias generaciones– puede darle al país muchos orgullos, actuales y futuros, pero les ofreció también a los argentinos la posibilidad de vivir una larga fiesta. El acto inaugural del campeonato, por otra parte, tuvo una singular importancia política. En lo que es estrictamente interno, puede decirse que los argentinos tuvieron la oportunidad de ver al presidente Videla, en su primera experiencia multitudinaria"⁸.

Con la notoria despolitización de las circunstancias, o mejor dicho, con la politización *ad*

hoc, Morales Solá celebra el encuentro de la Junta con quienes asistieron a la inauguración del Mundial. Y no sólo con los presentes, sino con la totalidad de la Nación que, *está cambiando*, y lo festeja con la ceremonia de un Mundial de fútbol ("que vaya a saber cuándo se repetirá", se pregunta Joaquín Morales Solá), espacio construido (por los medios pro-mundial) sin fisuras, ni contiendas de dominación. El fútbol presentado como espectáculo internacional sólo da lugar, en sus relatos, a la algarabía y pasión *generalizadas*. No hay lugar para el conflicto. *Estamos en tiempo de Mundial*, y el fútbol es *cálido* y *no acusa mayores problemas* que un polémico fallo arbitral o un insulto con algún escocés que ha bebido en exceso.

Quiero insistir con la gramaticalización o regramaticalización para poder hacer visibles hoy los rasgos de continuidad en la relación fútbol-medios de comunicación. La construcción mediática de los últimos aniversarios del campeonato logrado por Argentina, se apoya en dos decisiones: la primera fundada en la idea de revalorizar el primer logro histórico de la selección mayor de fútbol, recordando a sus protagonistas como los *héroes* que fueron capaces de doblegar a Perú, cuando no había margen para cometer errores si se aspiraba a acceder a la próxima fase. Es decir, revivir el campeonato recordando que lo importante fue, justamente, el logro deportivo. Desde allí, la memoria colectiva de *los argentinos optará o no*, por reflexionar sobre "otras cuestiones", *ajenas* al Mundial. Pero lo importante fue ganar el Mundial.

La otra decisión de *conmemorar* el campeonato vuelve a ser aprovechada como oportunidad política. Y digo vuelve, porque lo que fue consenso en el 78, se desnaturaliza al ritmo de la lucha por reivindicar el concepto del Mundial, como espacio de sombras, negocios, desapariciones y asesinatos por parte del Estado. La mi-

5 Período que dura un Mundial.
6 Llonto, Pablo. *La Vergüenza de todos (el dedo en la llaga del Mundial 78)*. Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, mayo de 2005.

7 Ford, Anibal. "Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis" en: *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*, Seminario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, FELAFACS, Ediciones G. Gil, S.A. de C.V., México, 1987, p. 171.

8 En Llonto, Pablo. *La Vergüenza de todos (el dedo en la llaga del Mundial 78)*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, mayo de 2005, p. 89.

rada epistemológica converge en la conflictividad del momento, y en la continua politización del espacio social. No *olvidar* que la copa del mundo fue organizada por la Junta Militar. No *olvidar* que el fútbol representó una estrategia que sólo tuvo un objetivo: el consenso social.

Pero más allá de las dos variables de recapitulación mediática explicitadas, asistimos actualmente a una regramaticalización cultural futbolística. Desde las construcciones mediáticas hegemónicas que narran el campo del fútbol se reafirma la relación entre tiempo de ocio y mercado. Los hinchas (como aquéllos del equipo de Kempes)⁹ “viven” esta reconfiguración del ocio –antes relacionada al mercado productivo, y al tiempo de las instituciones: iglesia, familia, partido político– como una generación de deseos más que de necesidades, siendo los símbolos futboleros –equipos, futbolistas, estadios, colores, camisetas, hinchadas– uno de los motores de la economía del ocio.

Como en el 78, aquella primera decisión de recordar el Mundial, suprime la política y la conflictividad de los relatos que se encargan del fútbol. Una pista directa que hace visible el conflicto nombrado y renombrado sobre los cuerpos populares, que son y siguen siendo censurados (negando sus identidades), eliminados, por las narrativas hegemónicas encargadas de la exclusión. Siempre teniendo en cuenta al fútbol como espacio de aglutinación para los cuerpos desplazados por el Estado.

No mucho cambió. Los relatos vuelven sobre las ideas de Patria y Nación, asociadas al fútbol, como *el espacio* de las “nuevas identidades” emergentes –y desplazadas– de una modernidad en crisis. La *vida o la muerte* se juegan en un partido entre selecciones. El honor y revalorización simbólica son el capital en juego. *Messi vs. Beckham. Argentina vs. Los piratas* (léase Inglaterra).

La propuesta es, invitar a *sospechar* –en términos analíticos– de las conclusiones que mantienen la idea de que el fútbol es un *campo totalmente dominado y sin fisuras*. Esta *neogramaticalización* mediática, en relación al fútbol, sugiere y ofrece dispositivos culturales que disponen la estrategia a seguir. Atravesado por una temporalidad residual, los condimentos del relato conmemoratorio se distribuyen –en porciones iguales– entre lo que persiste aún de aquel pasado de sombras y lo “vivo” de aquel pasado de gloria (para el *apasionante* Fútbol Argentino, por supuesto).

Más allá del inobjetable “peso” en la construcción de narrativas producidas desde los medios de comunicación –que “invitan” o “invitaron” al consenso más que al conflicto–¹⁰ los agentes aún pueden –o pudieron– transitar por las *rajaduras* generadas en la dinámica y disputa del campo. Pensar que todos los *hinchas lo dan todo por los noventa minutos, seducidos por el mercado futbolístico*, sin escamotear entre alguna brecha estratégica, sería simplista y reduccionista.

Bajo la prédica de *derechos y humanos* se pretendió uniformar a todos los argentinos, mientras todas las acciones fueron enfocadas con el objetivo de apuntar a los enemigos internos: obreros, estudiantes, intelectuales, en fin, todos los que no jugaban al fútbol ni se inmutaban por el resultado de Argentina-Perú, ni se integraban al consenso.

A treinta años, la regramaticalización se torna –nuevamente– correcta y prolija. Esta vez con otros ropajes. La dinámica relacional, intersubjetiva, histórica y la capacidad de transformación de las identidades, volvería incapaz una estrategia mediática como la del Mundial. Sólo con rastrear que ni siquiera *los otros* de aquella etapa, son *los otros* de hoy, ni los momentos políticos, económicos, culturales y so-

9 Jugador emblema de aquel Seleccionado Nacional.

10 Sobre todo en el campo futbolístico.

ciales transitados son los mismos, treinta años después, se evidenciaría la imposibilidad de “calcar” un plan mediático.

El sistema de relaciones significantes reafirma las lógicas que se empeñan en subrayar el triunfo deportivo bajo la consigna “Argentina, campeón”. País campeón, no Nación *campeona*. No alcanzaron los planes sistemáticamente diseñados por los *hombres de la dictadura* para afianzar la “cultura de una Nación campeona”: ¡porque las brechas fueron mayores que los llanos! La narrativa actual no incluye en el territorio a nuevas/otras identidades, a nuevos/otros sujetos ni admite las historias que están imbricadas en aquella meta político-deportiva. Digo regramaticalización porque esta “revisión” que los medios presentan periódicamente es aquella pero maquillada con el discurso pertinente de la democracia.

Hoy, aquellos medios se erigen y se presentan como los ojos críticos que denuncian las violaciones a los derechos humanos que se producían durante la *gran* contienda deportiva. Las publicaciones de documentos trágicos, develadores de atrocidades se diseminan por las empresas multimedia como contracara del éxito deportivo. Los mismos multimedia, que “apoyaron” y “festejaron” la épica del 78, *revelan* las irracionalidades cometidas en aquel tiempo. Sería imposible reproducir las mismas narraciones en un contexto que instala un Museo de la Memoria en la Escuela de Mecánica de la Armada. Pero la cuestión es que mantienen las descripciones como simultáneas y paralelas, no en correlato. Se continúan borrando las huellas que configuraron sociedades de complicidad.

No son los mismos escenarios, afortunadamente. Pero pregunto, ¿cuánta ruptura hubo en las construcciones mediáticas respecto del Mundial? En aquel entonces –y hoy a treinta años– continúan “diciendo” lo políticamente

correcto. El rol de denunciante, hoy, no limpia responsabilidades. La continuidad es reforzada: siempre los medios serán aliados de las políticas hegemónicas. Juegan el mismo juego.

Otra vez las narrativas vuelven a presentarse como oportunidad que entrecruza política, fútbol e identidad nacional. Como diría Alabarces, la leyenda continúa...

Bibliografía

-ALABARCES, PABLO. “La Leyenda Continúa”, en: Revista *Trampas de la Comunicación y la Cultura*, Ediciones de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, Año 3, marzo de 2004.

-_____ *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Argentina, 2003.

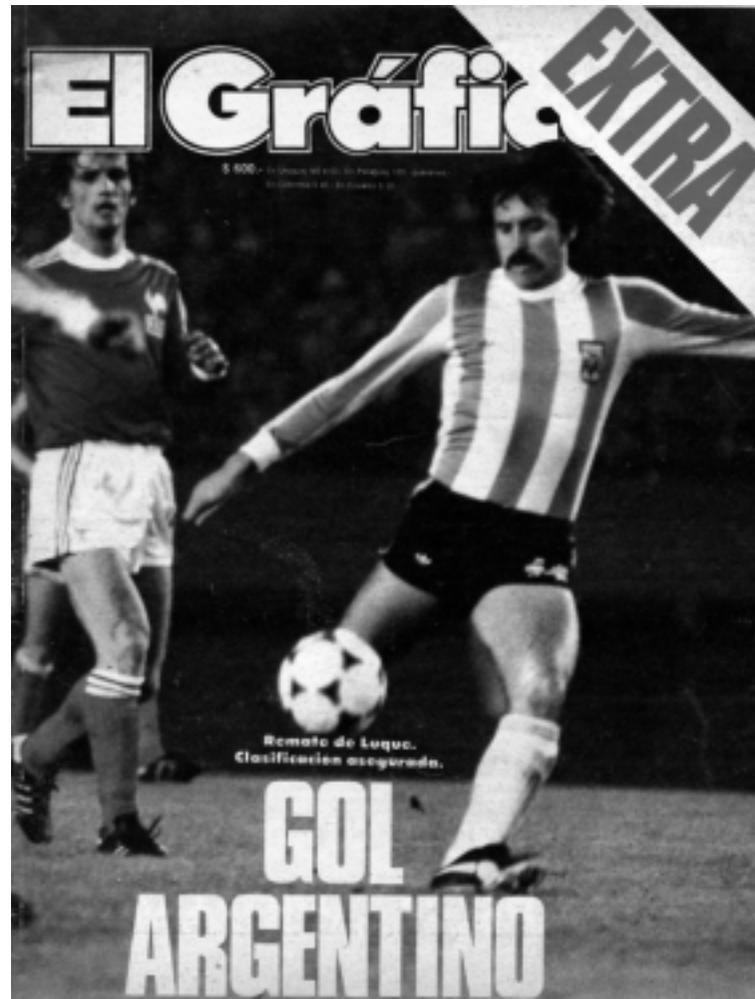
-_____ *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*, Prometeo libros, Buenos Aires, 2002.

-BILYK, PABLO Y BRANZ, JUAN BAUTISTA. “Del Bosque no me voy. Fútbol e identidad. Los Hinchas de Gimnasia que resisten al cambio de su Estadio”, Tesis de Grado. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, octubre de 2007.

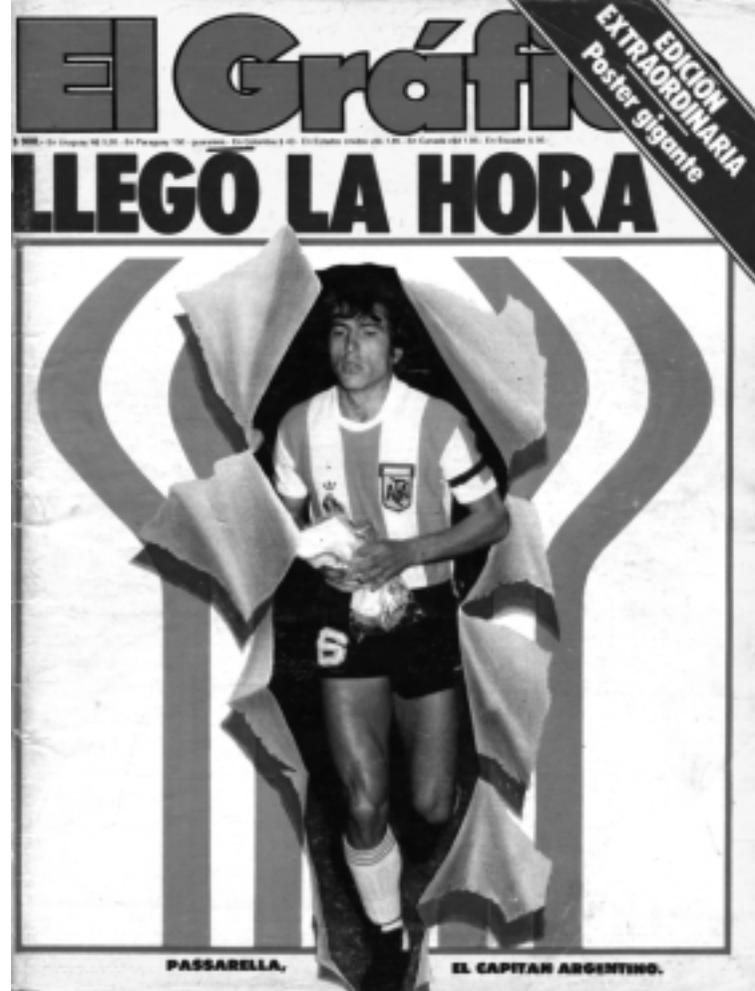
-FORD, ANÍBAL. “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis” en: *Comunicación y Culturas Populares en Latinoamérica*, Seminario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, FELAFACS. Ediciones G. Gil, S.A. de C.V., México, 1987.

-LLONTO, PABLO. *La Vergüenza de todos (el dedo en la llaga del Mundial 78)*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, mayo de 2005.

-MARTÍN BARBERO, JESÚS. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Gili, México, 1987.



Las tapas publicadas pertenecen a la colección privada del Periodista Marcelo Martín.



*Derechos humanos, política y fútbol**

Por Marina Franco

Marina Franco es Profesora en Historia de la Universidad de Buenos Aires, Magíster de la Universidad de París 7 (Francia) y Doctora en Historia de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad de París 7. Se ha desempeñado como docente en las Universidades de Buenos Aires, de General Sarmiento y de París 7. Ha sido becaria Saint Exupéry y del Ministère de la Recherche (Francia) y ha obtenido premios académicos y de investigación.

*Este artículo fue publicado en *Entrepasados*, Año XIV, Buenos Aires N° 28, fines de 2005, pp. 27-46.

¹ Este texto es una versión corta de un trabajo realizado en el marco de una tesis de doctorado sobre los exiliados argentinos en Francia (1973-1983), bajo la dirección de Hilda Sabato (UBA) y Pilar González Bernaldo (París 7, Francia).

La dictadura militar instaurada en 1976 intentó diversas operaciones ideológicas tendientes a la construcción de consenso. Si la más dramática de ellas fue la Guerra de Malvinas, la otra muy significativa –pero por su éxito– fue el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978. La realización del evento y la denuncia de una supuesta “campaña antiargentina” desde el exterior fueron dos operaciones mediáticas de la Junta Militar destinadas a construir cierta legitimidad política en el momento mismo en que se hacía más fuerte la presión internacional por la violación de los derechos humanos. En particular, la denuncia militar sostenía la existencia de un “ataque” contra el país montado desde afuera por los exiliados argentinos y por diversos grupos y figuras internacionales que iban desde Yves Montand hasta Patricia Derian, funcionaria del gobierno de James Carter. Si bien puede rastrearse desde 1976, este discurso se hizo dominante entre fines de 1977 y 1979. Además de la presión internacional por las violaciones a los derechos humanos, el otro hecho decisivo que dio origen a ese discurso nacionalista y defensivo fue el fuerte movimiento internacional de boicot al Mundial de Fútbol de 1978.

El movimiento tuvo un alcance esencialmente europeo, pero su origen y máxima repercusión se produjo en Francia con la formación del *Comité de Boycott du Mondial de Football en Argentine* (COBA). Allí, el COBA llegó a tener cerca de 200 comités en todo el país y generó un fuerte debate en la esfera pública francesa. A la vez, fue objeto de grandes denuncias por parte de los militares argentinos y la prensa oficialista y suscitó un fuerte rechazo por parte de la opinión pública argentina involucrada en la ola nacionalista desatada por el Mundial. Curiosamente, la mayoría de los participantes activos en el boicot fueron franceses y sus organizadores recuerdan una escasa presencia argentina comprometida en el tema. Este dato es llamativo si se considera que París era un destino significativo –pero no masivo– de muchos emigrados políticos argentinos de los 70, un punto de difusión importante de la denuncia humanitaria y había allí una cierta presencia de inmigrantes argentinos llegados en las dos décadas previas. ¿Por qué entonces la ausencia relativa de los argentinos en el fenómeno del boicot? ¿Por qué un evento deportivo en un país lejano como la Argentina suscitó tanta movilización militante entre los organizadores del COBA y tanta sensibilización en la opinión pública francesa?¹.

El COBA

El comité surgió a fines de 1977 por iniciativa de un grupo de militantes de la “extrema izquierda” francesa que ya no tenían pertenencia partidaria y que provenían de dos vertientes bien diferenciadas². La primera era un grupo de militantes ya muy movilizados por la situación argentina, que integraban un comité francés de “solidaridad”: el *Comité de soutien aux luttes du peuple argentin* (CSPLA), desde

fines de 1975. Uno de sus ejes era la oposición a las políticas imperialistas francesas en Argentina, dado que la mayoría de sus miembros provenían de movimientos de la lucha antiimperialista surgidos en torno a 1968. La mayoría de estos militantes tenían vínculos con la Argentina porque habían vivido algún tiempo en el país (o en el Cono Sur) por razones personales o profesionales³.

Una segunda rama del COBA estaba integrada por diversos militantes políticos, también de extrema izquierda, centrados en una crítica teórica y política del deporte. En este conjunto convergían líneas diferenciadas: un sector de profesores o teóricos de educación física con fuerte actividad y filiación sindical en la esfera educativa francesa, vinculados a la tendencia *Ecole Emancipée* y otro colectivo político y editorial de posiciones más extremas, *Quel corps?* Desde una matriz teórica marxista, este grupo proponía una crítica radical del deporte de competición en tanto institución propia de las sociedades capitalistas y la utilización del deporte con fines políticos como instrumento de propaganda estatal –en particular en los países sin libertades democráticas y/o a través de las instituciones internacionales del deporte. Tomando como antecedente y modelo las Olimpiadas de Berlín de 1936, este colectivo denunciaba activamente los eventos deportivos internacionales como el Mundial de 1978 o los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980⁴.

A fines de 1977, estos grupos –cuyo único eje común era una tradición y práctica política de militancia de extrema izquierda– confluyeron en la organización del COBA. A nivel nacional, el comité se reunía semanal o quincenalmente, sumando unas 40 personas en un funcionamiento de asamblea con decisiones por voto. Uno de los principios fundamentales del COBA era la participación a título individual de

sus miembros y no como representantes de partidos políticos u organizaciones de ningún tipo. Esto es significativo porque fue mencionado como un factor de eficacia por los miembros del comité entrevistados. En especial, los que provenían de la militancia de solidaridad con América Latina señalan que la experiencia del trabajo con exiliados chilenos desde 1973 les había demostrado la “imposibilidad” de concretar acciones cuando estaban de por medio las tensiones y divisiones partidarias, fuese de los exiliados latinoamericanos o dentro de la política francesa⁵.

Muy pronto, el COBA extendió sus actividades a través de campañas y conferencias de prensa, reuniones informativas en barrios y empresas y la publicación de una serie de materiales de difusión (afiches, folletos, ilustraciones, grabaciones musicales y documentos filmicos) denunciando la situación argentina bajo la consigna: “¿La Copa mundial de fútbol prevista para junio de 1978 en Argentina se hará entre los campos de concentración?”. La producción del COBA estaba centrada en dos ejes: la denuncia contra la represión en el país y la utilización política del deporte en general, mostrando siempre la constitución binaria del grupo y los dos objetivos diferenciados que estaban en la base del proyecto. Entre esos materiales el más conocido fue el periódico *L'Épique*, creado en alusión a *L'Équipe* –la publicación deportiva más popular de Francia y que apoyaba por “razones deportivas” la realización del Mundial⁶. El periódico alcanzó a vender 120 mil ejemplares entre enero y junio de 1978.

El eje de la campaña era la negativa a que el Mundial se desarrollara en un país donde los derechos humanos eran violados sistemáticamente bajo una represión feroz y donde el evento era utilizado como una operación polí-

2 Utilizamos aquí la categoría francesa que designa como “extrema izquierda” a los partidos y grupos trotskistas, maoistas, anarquistas, autogestionarios, etcétera, alineados muy críticamente a la izquierda de los dos partidos más tradicionales de esa orientación: el comunista y el socialista.

3 Entrevistas con R.T., París, 18 de diciembre de 1978; M.N., 14 de abril de 2003; E.C., París, 13 de febrero de 2004; CSPLA, “Quel Comité de soutien pour l'Argentine?”, *s/f, s/l*; CSPLA, Boletines del N°1 (diciembre de 1975) al N° 6 (diciembre de 1977); *Argentine: l'impérialisme français en question, s/f, s/l*.

4 Entrevistas citadas a R.T. y Z.I., París, 12 de diciembre de 2004; *Quel corps?* N°1, avril-mai 1975; Brohm, J.M., *Les meutes sportives*, L'Harmattan, París, 1993, pp.72-79; *Quel corps?, L'opium sportif: la critique radicale du sport de l'extrême gauche à "Quel corps?"*, L'Harmattan, París-Montreal, 1997.

5 Entrevistas citadas a R.T.; Z.I.; I.Q., París, 2 de diciembre de 2003.

6 *L'Équipe*, 13 de diciembre de 1977.

7 "Appel pour le Boycott de l'Organisation par l'Argentine de la Coupe du Monde de Football", *Le Monde (LM)*, 19-20 de febrero de 1978, p.4. La traducción de todas las citas del francés es nuestra.

8 Por ejemplo, en la prensa francesa, *LM*, 23 de diciembre de 1978; 8 de junio de 1978.

9 Gaillard, Anne-Marie. *Exils et retours. Itinéraires chiliens*. Ciemi-L'Harmattan, París, 1997; Sáenz Carrete, Erasmo. *El exilio latinoamericano en Francia: 1964-1979*. UNAM/Unidad Iztapalapa-Potreri- llos Editores, México, 1995.

10 Se trata del mismo episodio en que fueron secuestradas un grupo de madres y familiares de desaparecidos en la Iglesia de la Santa Cruz en Buenos Aires, a partir de la infiltración de Alfredo Astiz. En la prensa francesa: *LM*, 14 de diciembre de 1977 y ss. Sobre el tema cfr. Goñi, 1996.

11 Entrevista con T.B., París-Argentina, 2 de diciembre de 2004.

12 De estos cuatro argentinos, dos han fallecido, de los otros dos, uno –un inmigrante de los años 60– fue entrevistado pero sus escasísimos recuerdos no resultaron un aporte significativo a nuestra investigación y al otro no hemos podido ubicarlo.

tica de propaganda. En consecuencia, el COBA exigía el cambio de sede del Mundial o, en su defecto, que el equipo francés no participara a menos que "la Junta liberara a los prisioneros políticos, incluyendo los desaparecidos y restableciera de manera integral y definitiva las libertades políticas, sindicales y democráticas"⁷.

Si la represión en Argentina era mundialmente denunciada desde 1976, el "fenómeno" de los "desaparecidos" –y con ello las Madres de Plaza de Mayo– recién comenzaba a ser masivamente conocido fuera del país⁸. En 1978, en Europa el conocimiento del tema estaba bastante limitado a los grupos políticos o intelectuales más sensibles a la política internacional. En cambio, el referente inmediato de las dictaduras latinoamericanas era Chile, dado que la caída de Salvador Allende y la recepción de refugiados chilenos había generado una alta sensibilización en la esfera pública europea y grandes campañas de solidaridad de partidos políticos, sindicatos y organizaciones humanitarias⁹. Sin embargo, el caso argentino era menos conocido y las características específicas de la conflictividad política que llevó al golpe de Estado –en particular el peronismo y las organizaciones revolucionarias, especialmente las de origen peronista– dificultaban los apoyos espontáneos en el cuadro de la política europea.

No obstante, los alcances de la represión –y en particular la práctica de la desaparición forzada de personas y la tortura– facilitaron la difusión del caso. A esto se sumó la existencia de numerosos desaparecidos y prisioneros políticos franceses (o binacionales), lo cual dio a la campaña de denuncia una mayor efectividad. Y aún más movilizante fue que entre esos desaparecidos había dos monjas francesas secuestradas en Argentina en diciembre de 1977, junto con otros familiares de desaparecidos¹⁰. De

hecho, uno de los lemas para exigir la no participación del equipo francés fue "el otro equipo de Francia", en referencia a los 22 detenidos o desaparecidos franceses en la Argentina.

El otro eje de la campaña, tanto en el discurso como la iconografía producida por el COBA, fue la analogía con el nazismo y el fascismo. Así, la dictadura argentina era denunciada como "fascista"; Videla era asimilado a Hitler; las fuerzas de seguridad argentinas eran consideradas una auténtica "Gestapo" y los métodos de represión empleados eran vistos como "nazis" y "fascistas". Evidentemente, estos tópicos discursivos formaban parte del imaginario europeo para el cual el fascismo y el nazismo eran marcos de referencia obligados del autoritarismo y la violencia y por tanto movilizados fáciles y efectivos en una campaña de este tipo. No obstante, la utilización de este discurso no respondía sólo a fines de movilización, sino a los propios marcos de referencia de los militantes del COBA, sobre todo del grupo proveniente de la crítica del deporte cuyo objetivo era el rechazo de su utilización política y cuyo referente obligado eran las Olimpiadas de 1936.

De las pasiones argentinas

Tanto argentinos como franceses coinciden hoy en señalar que, a nivel de la coordinación central, en el COBA casi no había argentinos: sólo había 7, de los cuales 4 eran hombres con roles relativamente activos y 3 eran mujeres compañeras de militantes varones¹¹ –y entre los 4 argentinos varones, uno había llegado a Francia en los años 60 y los otros eran emigrados políticos llegados antes o después del golpe de 1976¹². Esto no implica que a nivel de los comités locales y en la tarea militante de base no hubiera otros argentinos activos en la cam-

pañã de boicot, especialmente a nivel regional¹³. Mientras todos los organizadores franceses afirman que no había argentinos en la campaña de boicot¹⁴, la complejidad del problema puede leerse en los dos testimonios que siguen, donde dos argentinos pertenecientes a un mismo comité de exiliados (CAIS, Comité Argentino de Información y Solidaridad¹⁵) ofrecen relatos opuestos:

M.F.: ¿Estuviste vinculado al tema del Mundial?

O.U.: Claro, todos, bueno ese también fue un elemento de unión, todo el mundo estaba de acuerdo en que había que boicotear y trabajó en eso.

M.F.: ¿Y cómo se plantearon la cuestión?

O.U.: La cuestión de ir y no ir, Montoneros había optado por utilizar el Mundial, hacer actos, un desastre... (...) Había una actividad incesante, yo pasaba cinco días a la semana a hacer eso nada más. Una gran disposición, una gran energía de la parte activa.

M.F.: ¿Y ahí estabas como miembro del CAIS?

O.U.: Sí, como el CAIS, como cristiano... (O.U. París, 23 de abril de 2003).

M.F.: ¿En el momento del boicot estabas en el CAIS? ¿Y vos recordás qué se plantea hacer el CAIS en el tema del boicot?

S.H.: [tono terminante] Nosotros no adherimos al boicot. Clarísimamente, [muy enfático] JAMÁS adherimos al boicot. Explicamos... mmh... los puntos más importantes de la... la prensa, trabajamos la prensa para explicar por qué nosotros no íbamos al boicot.

M.F.: ¿Cómo CAIS o como Montoneros decís?

S.H.: Como CAIS. Como CAIS (S.H. París, 22 de junio de 2004).

El primer testimonio permitiría entender la casi ausencia de argentinos en el seno mismo del COBA, suponiendo que algunos participaron activamente a través de otras organizaciones del exilio en las que militaban y no directamente en el COBA. Sin embargo, el segundo caso complejiza la situación mostrando las ambigüedades y tensiones subyacentes al tema, aún hoy. La primera variable a considerar es el hecho de que los años transcurridos hayan modificado el recuerdo y condicionado las narrativas actuales. Del lado argentino, las dimensiones inesperadas que alcanzó la campaña pueden haber llevado a "olvidar" hasta qué punto muchos emigrados argentinos y las organizaciones del exilio tenían posiciones reticentes al boicot o, al revés, a "sobredimensionar" la actividad que tuvieron en la campaña. Por otro lado, del lado francés, la mirada muy crítica sobre las organizaciones de exiliados argentinos –y latinoamericanos en general– puede haber llevado a estos actores a "olvidar" o a minimizar la participación argentina, como es el caso del CAIS donde efectivamente ésta se dio de manera ambigua¹⁶. Otro francés cercano al COBA, ante la pregunta de quiénes participaban respondió: "Franceses. Si hubiera argentinos no hubiera pasado eso [la expansión del COBA], se hubieran peleado por de qué color hacían el cartel" (M.N. París, 14 de abril de 2003).

A pesar de esta participación relativa, la impresión general –y aún la de los propios militares argentinos– es que "el exilio argentino" en Europa adhirió y participó del boicot, especialmente en Francia. Esto es cierto en cuanto al alcance de la campaña, mucho mayor allí que en otros países de recepción de exiliados argentinos. En México, un destino clave, el Mundial despertó entre los exiliados las contradic-

13 En las ciudades de Grenoble y Lyon, por ejemplo, varios argentinos participaron en comités del COBA junto con franceses.

14 Entrevistas citadas con R.T., M.N., Z.I. y I.Q.

15 El CAIS fue creado a fines de 1975 por miembros de comités franceses de solidaridad y otros argentinos recién llegados. Participaron en él todas las organizaciones partidarias argentinas y atravesó una primera etapa de mucha conflictividad hasta 1980; a partir de allí, las estructuras partidarias pasaron a un segundo plano y el funcionamiento más pluralista permitió el desarrollo de una intensa actividad de denuncia.

16 Entre los argentinos que afirman haber participado del boicot: O.U., U.C.; S.T., París, 8 de abril de 2003; R.H., París, 9 de mayo de 2003. Entre los franceses que afirman la ausencia casi total de argentinos en el COBA: R.T., M.N., I.Q. y T.B.; Z.I. De hecho, en el transcurso de su entrevista, uno de los principales dirigentes del COBA no recordaba que hubiera habido argentinos; luego ante mi sugerencia de algunos nombres comenzó a recordarlos con dificultad. La principal crítica a las organizaciones argentinas era su nivel de conflictividad interna y su falta de eficiencia en la tarea política (entrevistas con R.T. y M.N., citadas).

ciones propias de la pasión deportiva y la causa política; en general se consideró que su realización era inevitable y que, en todo caso, debía utilizarse para aumentar la denuncia internacional contra la dictadura¹⁷.

El principal testimonio sobre el exilio mexicano de aquellos años retrata así la situación entre los argentinos al finalizar el Mundial:

“Populistas, ultraizquierdistas, activistas de los derechos humanos, semiólogos y antropólogos se unieron en el gusto por el disfrute de la fiesta, en la recuperación de la identidad nacional expresada por sus equipos futboleros y en la ocupación de espacios públicos (la calle, el estadio). En todo supieron unir esta manifestación a la crítica, en forma de insulto estentóreo y militante, al régimen de Videla y de Martínez de Hoz” (Bernetti y Giardinielli, 2003: 139).

Esta narrativa deja a la vista las contradicciones que el hecho produjo en su momento e incluso su formulación discursiva actual muestra las tensiones que sigue produciendo la evocación del recuerdo. Por su parte, el ámbito español –el otro gran país de acogida– presenta similares tensiones. En España, el Mundial fue la ocasión de fuertes diferencias entre grupos argentinos partidarios de aprovechar el evento para la denuncia contra la Junta y otros directamente partidarios del boicot. En general, sin rechazarlo, las principales organizaciones argentinas de exiliados se manifestaron por la primera posición; aunque también se crearon comités pro-boicot en Madrid y Barcelona, tras un encuentro de comités europeos en febrero de 1978 en París¹⁸. Si bien no contamos con una estimación específica de sus alcances ni de la presencia argentina en ellos, es evidente que las principales organizaciones de exiliados tuvieron las mismas ambivalencias en España que en Francia, mientras que los alcances de la campaña fueron más limitados en el primer país.

Estas diferencias pueden explicarse, en parte, por el peso de los núcleos partidarios exiliados en cada uno de los tres destinos, en particular Montoneros y diversos grupos peronistas –muy presentes y organizados en México por ejemplo–, cuyas posiciones contra el boicot pueden haber tenido más peso sobre el colectivo de exiliados activos. Pero la diferencia remite, fundamentalmente, a otra dinámica central que nos interesa considerar aquí: la especificidad característica de cada sector de exiliados como un aspecto modelado en la interacción con cada sociedad de acogida. En los países de acogida europeos donde el boicot creció rápidamente como proyecto político, los exiliados argentinos se vieron confrontados al problema, y si bien la mayoría conservó la ambivalencia señalada, también surgieron núcleos favorables. A su vez, en el espacio específicamente francés, el alcance público de la campaña debe haber generado mucha mayor presión sobre los residentes allí argentinos y un mayor involucramiento frente a la situación.

Es decir, en los tres casos el diferente grado de recepción del tema en cada esfera pública marcó el alcance de la campaña en general y dentro de los grupos exiliados en particular.

Ahora bien, la pregunta concreta sobre las dificultades de participación argentina remite a varios niveles de respuestas. Por un lado, hay un primer factor político fundamental y es la reticencia –o abierta oposición– de las organizaciones político-partidarias argentinas para definirse en favor del boicot. Entre ellas, las organizaciones más importantes –PRT y Montoneros– se expresaron claramente en contra, mientras que algunos grupos más pequeños como Política Obrera se declararon en su favor¹⁹.

Montoneros –organización a la cual pertenecía con mayor o menor grado de adhesión una buena parte de los exiliados en Francia–

17 Bernetti, Jorge y Giardinielli, Mempo. *El exilio que hemos vivido*. Editorial de la Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 2003, pp.136-140.

18 Jensen, Silvina. *La huida del horror no fue olvido: el exilio político argentino en Cataluña (1976-1983)*. M.J. Bosch-Cosofam, Barcelona, 1998, pp.178-186.

19 La posición del PRT fue menos difundida y discutida, pero también fue favorable a la realización del Mundial. Esto fue la ocasión de duras confrontaciones, en particular entre grupos del PTS, Política Obrera y PRT. (Cfr. *Sobre las posiciones del PTS*, Política Obrera, N° 287, París, 21 de agosto de 1978).

20 Entrevista con Rodolfo Galimberti, *L'Express*, 10-16 de abril de 1978.

propuso una “tregua” al gobierno argentino durante el Mundial²⁰ y a la vez consideraba la realización del evento en la Argentina como una forma de mostrar la “verdadera situación” y de reforzar la “ofensiva” contra la dictadura. Bajo la consigna de “cada espectador del Mundial un testigo de la Argentina real”, en obvia alusión a la campaña análoga de la Junta militar, Montoneros decía:

“En 1978 la dictadura de Videla pretende maquillar con el Campeonato Mundial de Fútbol la tragedia argentina... El MPM [Movimiento Peronista Montonero] sabe que este propósito está condenado al fracaso. Y esa es una de las razones por las cuales desea que el Mundial se lleve a cabo. [...] ...permitirá que el mundo se asome al país y observe la realidad que bulle tras los afiches turísticos: una realidad hecha de dominación económica y represión sangrienta pero labrada también por la lucha del pueblo y la esperanza en un futuro de paz y libertad. [La resistencia del pueblo argentino continúa] ...en los combates heroicos que sostiene el Ejército Montonero desmintiendo, con más de 300 acciones de resistencia armada durante el primer semestre de 1977, las afirmaciones de aniquilamiento formuladas por los militares” (MPM, *Argentina 78*, s/f).

La posición antiboicot de Montoneros fue bien difundida por la prensa francesa²¹ y discutida en el seno del COBA que lo consideraba “una dificultad suplementaria al desarrollo de la campaña de solidaridad con el pueblo argentino”, ya que sería utilizada por la prensa de derecha y los partidos franceses opuestos al boicot²².

Con los mismos argumentos humanitarios, los representantes oficiales de Montoneros instalados en Francia defendían la realización del evento por su utilidad para denunciar la situación argentina y por la popularidad del fútbol

para “el pueblo argentino”. Sin embargo, ante el problema concreto del boicot no podían negar el alcance ni la utilidad de la campaña, justamente para ese mismo objetivo de denunciar la situación argentina. Así, Adriana Lesgart –miembro del consejo superior del MPM en París– decía: “Nosotros no pedimos a ningún comité o gobierno que diga ‘no’ al boicot, en efecto que se hable de la Argentina para el boicot o para denunciar a la Junta es positivo y correcto”²³. Esta declaración, más matizada, muestra hasta qué punto el contexto pro-boicot francés atenuaba las posiciones de los exiliados argentinos.

Sin embargo, entre los grupos peronistas la postura antiboicot estuvo lejos de ser unánime: el grupo del Peronismo Revolucionario –que oficialmente adhería al boicot y uno de cuyos integrantes era el miembro argentino más activo del COBA francés– produjo varios documentos cuestionando duramente la posición montonera²⁴. En el plano internacional, se acusaba a Montoneros de haber detenido el movimiento de boicot ante los partidos y sindicatos socialistas europeos, cuando sus bases políticas apoyaban la campaña. En el plano interno, se esbozaba la acusación de “traición” acusando:

“Entonces, si los europeos mismos, después de haber conocido por nuestras denuncias la situación en Argentina, demostrando su nivel político dieron UN SALTO CUALITATIVO en su solidaridad hacia nosotros lanzando una tarea concreta: el boicot, que ataca directamente a los responsables de nuestra tragedia: ¿cómo es posible que una organización haya desinflado ese movimiento de solidaridad diciendo por boca de sus máximos dirigentes: “¿Es preferible ir a la Argentina para ver qué pasa?” ¿Cómo es posible haberse transformado en furgón de cola de un movimiento de solidaridad que es una expresión cualitativamente superior de

21 Entrevista con Galimberti, citada; con Adriana Lesgart, *Libération*, 6 de enero de 1978; con Mario Firmenich, *Le Nouvel Observateur*, 17-21 de julio de 1978; *LM*, 15-16 de enero de 1978.

22 Documento interno del COBA, s/f., s/p.

23 *Libération*, 6 de enero de 1978, p.11.

24 “El peronismo revolucionario interroga a Montoneros”, N° 4, 1978; “Réponse du péronisme Révolutionnaire”, París, julio de 1978, Mimeo.

las anteriores formas de solidaridad, cuando el deber de una organización revolucionaria es el de ser la locomotora de ese salto cualitativo y de este movimiento?" ("El peronismo revolucionario interroga a Montoneros", N° 4, 1 de mayo de 1978, p. 9, destacado en el original).

Estos conflictos en el seno del peronismo ejemplifican hasta qué punto la situación podía reproducirse en el seno de las organizaciones del exilio, donde además convivían militantes de otros núcleos partidarios, armadas o no. Así, estas organizaciones tuvieron posiciones ambiguas y no faltas de tensión interna, en la mayoría de los casos sin definirse claramente frente al tema. El problema era cómo posicionarse contra una tendencia general que era útil a los mismos objetivos que ellos se proponían públicamente: informar, denunciar y obtener solidaridad. Con gran ambigüedad, todos los grupos y partidos no dejaron de considerar los efectos de la movilización general como una oportunidad "excepcional" para difundir la situación argentina. Es el caso del CAIS que para 1978 estaba conducido por militantes del PRT-ERP y de Montoneros en una situación de clara conflictividad interna. Mientras sus antiguos miembros ofrecen narrativas diferentes, y hasta opuestas de la situación, la dificultad se advierte incluso en sus publicaciones. El comité emprendió una muy fuerte campaña de denuncia y difusión en el momento del boicot, sin que ello implicara una acción explícita en su favor, y en la publicación sobre el Mundial no hay ninguna toma de posición precisa al respecto. La enunciación deja ver muy claramente el conflicto interno:

"Creemos que la polémica que se desarrolla entre los diferentes movimientos de solidaridad, partidos políticos y opiniones de diversas personalidades a propósito del boicot o no del evento deportivo es un acto positivo. Porque, a

pesar de la opinión personal que cada uno pueda tener sobre el tema, esto permite sensibilizar al gran público, que es el trabajo prioritario que nos fijamos como organismo de información y solidaridad" (*Dossier sur la Coupe Mondiale de Football prévue en Argentine, París, febrero de 1978, p.8*).

La situación es similar para la otra organización importante, la CADHU –Comisión Argentina de Derechos Humanos–. Este núcleo, presente en varios países del exilio argentino, había sido creado por un acuerdo entre Montoneros y PRT, aunque en aquel momento empezaba a producirse la ruptura interna que llevaría a la partida de los dirigentes vinculados al PRT en Francia y con la CADHU de España, a la vez. A partir de entonces el predominio montonero en su interior se hizo absoluto²⁵. Esta organización no menciona el tema del Mundial ni del boicot en ninguna de sus publicaciones hasta ya pasado el evento. En julio, se hace un balance del encuentro señalando que permitió difundir la situación argentina en todo el mundo y se concluye que debe intensificarse la tarea de solidaridad para evitar un recrudecimiento de la represión y contribuir al aislamiento de la dictadura²⁶.

Sin duda, la campaña fue aprovechada por los exiliados argentinos en intervenciones públicas individuales o colectivas, para incrementar enormemente la denuncia sobre la situación argentina, aunque eso se hiciera sin una definición muy clara frente al boicot.

Como segundo factor explicativo, incluimos las configuraciones ideológico-culturales. Para explicar la no participación argentina, los organizadores franceses del COBA indican las "diferencias ideológicas", entre las cuales incluyen el interés francés por el problema de los derechos humanos desde una postura antiimperialista –causa que los argentinos "no enten-

25 Entrevista con E.C., Bs.As., 16 de mayo de 2003, y documentos privados consultados.

26 *Bulletin CADHU*, N° 4, Juin-Juillet, 1978.

dían” y estaban a “mil leguas de eso”, señalan-; la imposibilidad de criticar al peronismo y la importancia adjudicada por los argentinos al fútbol como “deporte popular”²⁷. Pero estas mismas diferencias también pueden leerse desde otro ángulo: un exiliado argentino participante del COBA afirma que le costó aceptar la solidaridad de los franceses y que sentía que lo hacían para “sacarse sus pecados de imperialistas”²⁸ y otro lo expresa de manera más terminante:

“Cuando hacíamos galas ellos [el COBA] vinieron, que las organizaba el CAIS... Fue una cosa de mucha distancia y de mucha desconfianza, porque nosotros éramos... eh... petardistas para ellos, había una desconfianza que tenía que ver con la Argentina y nosotros éramos peronistas (...) Porque nosotros pensábamos que en realidad ellos hacían política dentro de Francia, para Francia, y que toda la historia era acusarlo a Giscard de ser cómplice de Videla, para nosotros la principal complicidad con Videla no era precisamente Giscard, de repente estaban los americanos y estaban los soviéticos en convivencia con la dictadura argentina. Lo de Francia era secundario; teníamos más interés a desarrollar otro tipo de política que de enfrentarnos con el gobierno...” (S.H. París, 22 de junio de 2004).

De la misma manera, matizando la apreciación lineal de los miembros franceses, señalemos que varios argentinos participantes del boicot –uno de ellos directamente en el COBA– eran de origen peronista y uno de ellos fue militante de Montoneros hasta el fin de la dictadura. Esto indica que las diferencias culturales y políticas existían, pero que se producían en múltiples y complejas direcciones a la vez.

A nivel de las organizaciones, como ya hemos mostrado, el COBA y el CAIS tuvieron relaciones ambiguas y esporádicas, sin lograr un

acuerdo permanente para una tarea común. En cuanto a la CADHU, parte de los fondos recaudados por el COBA iban a ser canalizados a través de ellos hacia familias de detenidos y desaparecidos en Argentina, pero finalmente dificultades sobre su envío a la Argentina y conflictos internos dentro de la CADHU impidieron ese recurso²⁹. Estos ejemplos muestran lo complejo de las relaciones entre argentinos y franceses en torno al boicot, lo cual explica, en parte, la escasa participación de exiliados argentinos en el COBA.

Por otra parte, si el boicot podía ser sentido como un asunto vinculado a la política interna de Francia –como parecen indicar varios testimonios de argentinos– los exiliados no podían intervenir públicamente ni menos manifestarse contra las autoridades francesas ante las cuales estaban refugiados.

En cuanto al factor estrictamente cultural, la relación con el fútbol como deporte popular aparece como un elemento central a considerar. La dimensión del problema se aprecia en el testimonio de uno de los pocos entrevistados argentinos que explicó con gran honestidad su posición frente al tema:

M.F.: ¿La Comunidad Cristiana [de exiliados en París] participó de alguna manera en el tema del Mundial...?

V.S.: Exact... Nosotros no estábamos por el boicot. Fue la gran división que hubo en ese momento, en el CAIS también. ¿Por qué?, porque... diríamos que en eso habíamos tomado la opción que, en ese momento, proponía Montoneros que era no... Porque acá, el boicot, ha sido muy utilizado, diríamos, por la *extrême gauche* francesa. Y, diríamos, no tratar de comprender de que [sic] nosotros..., para la Argentina, el fútbol es algo de la naturaleza misma [...] Y fui

27 Entrevistas citadas con R.T.; I.Q. y T.B.; E.C., París, 13 de febrero de 2004.

28 Elvar El Kadri, en: Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina 1976-1978*, tomo 3. Norma, Buenos Aires, 1998, p.413.

29 Correspondencia COBA-CADHU, 1978 y 1979 (archivos privados); entrevista citada a R.T.

educada en ese sistema. Y para nosotros había que ir. Nuestra posición fue clara... en dos momentos. En... Por el Mundial no al boicot. No al boicot, al contrario. Primero, por la historia, lo que significaba para el fútbol. Pero después, porque es la manera que permitía que la gente pueda ir a ver, pueda conocer, pueda ver que lo que uno cuenta es lo que dice... [...] Entonces, nosotros... la Comunidad como tal, estábamos "no al boicot"... y, lógico, estuvimos muy contentos cuando la Argentina ganó y todo lo demás. Seguíamos los *matches*... Yo me acuerdo que estaba en la casa de unos amigos y ¡tan alegre, yo saltaba y todo lo demás, y ¡les rompí el canapé! (V.S. París, 3 de julio de 2003).

A estos elementos hay que agregar un tercer factor que fue señalado por una argentina militante del COBA: las diferencias de prácticas políticas de argentinos y franceses.

"La no participación argentina se puede deber también a diferencias entre formas de hacer política de argentinos y franceses; no es tan fácil mezclarlos y compartir esa actividad política, eso también dificultaba. Los franceses son más operativos y pragmáticos, los argentinos se exaltan y tardan más... además de las dificultades para expresarse. El hecho de que fueran franceses, formados políticamente, intelectuales, con mucha personalidad; los argentinos recién llegaban, había una especie de complejo... o estábamos preocupados por otras cosas, laburo, inserción, cuanto iba a durar esa dictadura (...) yo por ejemplo no habría la boca, hacíamos trabajos prácticos, ¿cómo íbamos a hablar en una asamblea de 40 personas en Francia? En francés, expresarte... y con todas las otras preocupaciones... yo hacía más

cosas en el COSOFAM que en COBA... donde estaban esta especie de 'monstruos' que se agitaban a todo nivel..." (I.Q. París, 2 de diciembre de 2004).

Este testimonio permite pensar de otra manera los varios comentarios críticos referidos a las organizaciones de exiliados formuladas por los franceses. Es decir, las observaciones sobre la falta de operatividad o la alta conflictividad de los argentinos no sólo reflejan, en parte, una realidad –nuestra propia investigación así lo ratifica en cuanto a la conflictividad– sino que, fundamentalmente, expresan una distancia cultural en las formas de la práctica política. Ello puede haber dificultado el encuentro de ambos grupos y la situación de desconfianza señalada de ambos lados. El dato no es menor porque muestra claramente cómo la situación de exilio plantea dinámicas de encuentro o desencuentro con la sociedad de acogida que tienen directas implicancias sobre la actividad política o de "solidaridad" desarrollada o, por el contrario, en su no desarrollo.

Un cuarto y último factor a considerar se vincula con la experiencia humana y psicológica del exilio, en tanto aspectos sustanciales de la experiencia de emigración forzada. Debe tenerse en cuenta que en 1978 había muchos emigrados que recién estaban llegando y su "adaptación" e inserción en la nueva sociedad era aún débil, tanto en el nivel más práctico del manejo del idioma y resolución de problemas de la vida cotidiana, como en el nivel más complejo del conocimiento de los códigos sociales y políticos. Así, uno de los rasgos más característicos del exilio, la tendencia a encerrarse en los propios códigos y la compañía de los connacionales, fue sumamente fuerte entre los argentinos y más aún en las primeras etapas donde la militancia política y el vínculo estrecho con otros argentinos significaba una forma de su-

pervivencia emocional frente a una situación difícil. Justamente por eso, la dimensión más traumática propia de las primeras etapas de la experiencia de emigración forzada estaba muy presente en aquellos años. Pero a esta dimensión primera debe agregarse, en el caso argentino, otra más específica: el fuerte trauma originado por las experiencias represivas que muchos emigrados habían vivido en Argentina. Con o sin militancia política, una gran parte habían experimentado situaciones de persecución, encarcelamiento, muerte de compañeros o familiares. Por lo tanto, en los primeros tiempos en Francia –u otros países– el daño psíquico y el miedo no facilitaban un involucramiento inmediato en actividades políticas, cuyos códigos, lógicas y prácticas no eran las propias. Así lo resume una exiliada: “Los argentinos estaban en una dinámica de autoprotgerse, de estar todos juntos... y además de culpabilidad muy grande, de decir por qué yo estoy viva... (...) estás muy encerrada en... porque para militar tenés que estar muy fuerte...” (T.B. París, 2 de diciembre de 2004).

De las pasiones de la política francesa

Ante todo, es importante considerar que el “gran” alcance al que nos referimos para caracterizar el fenómeno del boicot en Francia no es un valor absoluto, sino relativo en función de una campaña de estas características: vinculada a un país lejano y relativamente ajeno a la vida pública francesa como es la Argentina, convocada originalmente por la extrema izquierda y sin apoyo de los partidos mayoritarios y que afectaba un deporte de gran popularidad.

La campaña del COBA se lanzó en enero de 1978 y alcanzó rápida difusión y eco en los medios de comunicación masivos. La prensa se

transformó en un espacio de toma de posición y debate permanente entre enero y junio de ese año. Las posiciones se reflejaban en solicitudes, entrevistas y artículos de opinión de intelectuales, políticos y figuras públicas francesas, que no siendo miembros del COBA se manifestaban en favor o contra el boicot.

En este contexto debe considerarse como factor importante para comprender los alcances del COBA la fuerte tradición francesa de movilización de su opinión pública por causas humanitarias e internacionales, que ya se había demostrado en ocasión del golpe en Chile y luego en Argentina. De mayor alcance general aún, debe considerarse la creciente sensibilidad a los temas de derechos humanos que comenzaba a emerger a fines de los 70. Si la defensa de las libertades democráticas y *droits de l'homme* formaba parte del mito fundador francés, en esos años, la preocupación por los derechos humanos se transformó en un eje fundamental. Pero es necesario prestar especial atención al rol que fue adquiriendo este discurso humanitario a nivel mundial en aquel período. El cambio no es fortuito y está ligado al “descubrimiento” del “totalitarismo” comunista como un sistema construido sobre la falta de libertades y el “universo concentracionario” del *Gulag* soviético³⁰. Por ejemplo, como parte del debate público suscitado por la iniciativa de boicot, un intelectual liberal francés, J.F. Revel, escribía en *L'Express*, polemizando con la izquierda francesa:

“Parece deseable que toda democracia se abstenga de participar en manifestaciones culturales o deportivas en países donde los derechos del hombre son sistemáticamente violados (...) hace dos meses, yo suscribí, entre otros escritores, por un lado la iniciativa de quienes se levantaron contra la organización del Mundial en Argentina, y por otro lado, propuse vin-

30 Los años 70 están marcados por el desencanto con la realidad soviética, las invasiones a Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979) y el descubrimiento del *Gulag* por las denuncias del sobreviviente soviético Soljenitsyne, que en Francia fueron un auténtico boom editorial. (Rémond, René. *Histoire de France. Notre siècle de 1918 à 1988*, Tomo 6. Fayard, París, 1988, pp. 820-823; Winock, Michel. *Le siècle des intellectuels*, Editions du Seuil, París, 1997, pp. 593-605).

cular desde ahora esta protesta a una propuesta de boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú, previstos para 1980. ¿Quiénes son los guías que se asociarían a ambas campañas y no solamente a una de ellas ? (...) Es cierto, yo no niego que desde hace dos o tres años la izquierda se resignó a abrir los ojos a los crímenes del socialismo totalitario. Sin embargo, es casi a pesar suyo, con miles de correctivos y circunloquios que la izquierda los reconoce y los dice" (*L'Express*, 30 de mayo - 4 de abril de 1978, p.108).

Así, el fin de los años 70 marca la emergencia de la preocupación francesa sobre el tema de los derechos humanos que involucró a gran parte del arco político e intelectual³¹. En este sentido, recordemos que los derechos humanos habían sido históricamente considerados por las izquierdas marxistas como una forma de los "derechos burgueses" ocultos bajo un discurso universalista³². Por tanto, su revalorización en los 80 es un hecho fundamental, tanto en las izquierdas europeas como latinoamericanas y marca todo un giro del debate político e intelectual, muy relacionado con la crisis de los países del Este y la revisión del marxismo post 1968. Por otra parte, en Francia, su predominio como discurso público de la izquierda desde fines de los 70 estará muy ligado al espacio político que la izquierda socialdemócrata –socialista en particular– disputará en aquellos años. Un espacio marcado por el reflujo del Mayo francés, la crisis del proyecto institucional tradicional de la izquierda occidental y, por tanto, la búsqueda de nuevas formas de legitimidad política.

Pero este debate político-ideológico en torno al Mundial en Argentina presenta un deslizamiento mayor, justamente aquel en que la defensa de los valores universales se transfiere al debate político interno francés, donde todas las fuerzas se sintieron compelidas a tomar alguna posición frente al boicot. Así, el debate se

fue transformando en una apuesta francesa en el que se encontraban y disputaban las fuerzas políticas locales y tomaban posición las figuras públicas. Como muestra el texto citado de Revel, la polémica se fue transformando en una acusación contra las posiciones de la izquierda francesa frente al mundo soviético.

Mientras los partidos de derecha exhiben un total silencio y ausencia en el debate, las organizaciones de Derechos Humanos y los grupos de extrema izquierda apoyaron el boicot en su gran mayoría –es el caso de la Liga Comunista Revolucionaria, el Partido Socialista Unificado, varias corrientes anarquistas, grupos de cristianos de izquierda y diversos partidos de extrema izquierda de extracción comunista³³. Por su parte, las fuerzas de izquierda tradicionales –el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista Francés (PCF)– tuvieron posiciones más reticentes o directamente opuestas.

Mientras la oposición del PCF fue clara desde el comienzo y ofreció un blanco de ataque de todo el espectro político, el PS fue más ambiguo y reticente. De la misma manera, las dos grandes centrales sindicales rechazaron el boicot, la CGT (Confederación General del Trabajo) por su filiación comunista y la CFDT (Confederación Francesa Democrática de Trabajadores) por su alineamiento con la posición de los grupos sindicales argentinos, aunque más matizadamente.

Muy pronto el PCF sostuvo que boicotear al Mundial era condenar a la Argentina al aislamiento y que "una solidaridad responsable" consistía en ir y denunciar la situación política y social, según lo pedían las propias fuerzas políticas locales³⁴. El segundo argumento del PCF tocaba un aspecto central del debate político: los derechos humanos y la defensa de las libertades individuales. Sosteniendo que el partido siempre había mantenido una posición de denuncia

31 En un debate lanzado por la revista *Esprit* en 1980, todos los participantes coincidían en señalar que el resurgimiento del discurso de los derechos humanos estaba vinculada a una crisis de los valores políticos en Europa (*Esprit* N° 39, París, 1980).

32 Lefort, Claude. *L'invention démocratique*. Fayard, París, 1981.

33 Solicitada *LM*, 2 de mayo de 1978; especialmente la LCR en su periódico *Rouge*: 4 de enero de 1978, 4-5 de febrero de 1978, 11 de febrero de 1978, 7 de marzo de 1978, 14 de marzo de 1978, 1 de abril de 1978 y ss.

34 *L'Humanité*, 18 de noviembre de 1978, 26 de diciembre de 1977, 13 de enero de 1978, 27 de noviembre de 1977; *LM*, 16 de mayo de 1978; *Libération*, 20-21 de mayo de 1976.

de las violaciones a los derechos humanos en cualquier país del mundo, su máximo dirigente sostenía que esas violaciones no eran un argumento suficiente para no participar del Mundial: “¡Si no vamos a la Argentina, corremos el riesgo de no ir a muchos países del Este y del Oeste!”³⁵. Así, en este debate sobre los derechos humanos quedaba al desnudo toda la crisis de la izquierda occidental de los años 70 y 80.

Sin embargo, las razones reales de la oposición comunista francesa estaban relacionadas con la posición del PC argentino (PCA). El tema se transformó en un punto de fricción “personal” entre el COBA y el PCF cuando éste acusó a la iniciativa del COBA de anticomunista. Por su parte, el COBA redactó extensos documentos explicando que el PCA sostenía relaciones “cómodas” con la dictadura argentina –o al menos con el sector al que consideraban “blando”– y que se trataba de un partido que “nunca había comprendido la realidad argentina” y estaba totalmente desvinculado de cualquier base popular³⁶. El otro hecho clave era que la URSS sostenía fluidas relaciones comerciales con la Junta Militar por la compra de cereales y era un sólido aliado del régimen argentino, dado que su veto en las Naciones Unidas bloqueaba el tratamiento del caso argentino por las violaciones a los derechos humanos. Así, la configuración de fuerzas internacionales impedía cualquier posición contraria al Mundial por parte del PCA y el PCF.

Por su parte, el PS francés se debatía en la ambigüedad, mientras se enfrentaba contra la posición comunista y contra la “pasividad” del gobierno de Giscard por la desaparición de ciudadanos franceses. Siempre en base al argumento humanitario –central en la política internacional del PS del período–, en diversos momentos el partido se manifestó en contra de la Argentina como sede del Mundial, pidió que

se la cambiara y declaró que Francia no podía enviar a su equipo sin condiciones: la liberación de ciudadanos franceses encarcelados y la no participación en los actos oficiales no deportivos. Sin embargo, el partido nunca apoyó el boicot o la no participación del equipo francés si el evento se realizaba en Argentina. Formalmente, no tomó posición oficial hasta último momento, a pesar de las presiones públicas e internas para que lo hiciera y Lionel Jospin, el entonces secretario de relaciones internacionales, declaraba en 1978:

“El PS no tiene el poder de hacer cambiar a la FIFA su decisión, y sólo puede deplorarla. El equipo de Francia de fútbol ganó sobre el terreno el derecho de participar en la Copa del Mundo y por eso debe participar, pero en ningún caso debe servir de garante del régimen militar en Buenos Aires” (Carta de Lionel Jospin al Partido Van des Arbeid Holanda, 20 de abril de 1978).

Al mismo tiempo, en varias intervenciones, Jospin declaró apoyar el boicot por razones humanitarias, pero se mostró reacio a extender esa posición a las siguientes Olimpiadas de Moscú, a la vez que debatía abiertamente con la posición ya citada del líder del PCF:

“Nuestra participación en todas las manifestaciones y *meetings* organizados por los refugiados políticos argentinos en Francia, donde siempre lamentamos no encontrar a nuestros camaradas comunistas, nos dispensa de recibir lecciones de solidaridad sobre este tema” (*Le Matin*, 31 de enero de 1978, p.11).

Mientras los dirigentes del COBA consideraban que el PS no formó parte del boicot ni lo apoyó –de hecho nunca firmó las solicitudes del COBA–, las declaraciones de Jospin parecen hacerlo y se alinean en la causa de derechos humanos a favor de la Argentina. Como es evidente, esta posición tenía las ventajas de evitar

35 *L'Humanité*, 18 de noviembre de 1977, p.11.

36 “La position du PC français et du PC argentin sur la situation en Argentine et la Coupe du Monde de Football”, documento interno del COBA, 10 de febrero de 1978.

37 Los propios miembros del COBA, al tratar de explicar hoy los apoyos reticentes de la izquierda francesa, sostienen que ellos eran demasiado *gauchistes* para que el PS los apoyara abiertamente, dado que incluso en algunos documentos del COBA se acusaba al partido de cómplice del gobierno en la venta de armas francesas a la Argentina (COBA, *Dossier noir des ventes d'armes françaises à l'Argentine*, s/l, s/d.).

38 Artículos citados de *L'Humanité*, de JOSPIN en *Le Matin*, 23 de diciembre de 1977, 31 de enero de 1978 y en *Rouge*, 14 de marzo de 1978.

39 *Ibidem*; *Libération*, 31 de mayo de 1978. Entrevistas citadas con I.Q., R.T.; Z.I.

40 Cfr. *LM*, 3 de junio de 1978, 2 de junio de 1978, 4 de septiembre de 1978; *Libération*, 1 de junio de 1978, 5 de julio de 1978; *La Documentation Catholique*, N° 1744, Juin 1978; "Bilan et perspectives", COBA, s/f.

41 En el primer semestre de 1978 el tema está presente a diario en *Le Monde*; también *Libération* sostuvo muy activamente el boicot.

los costos políticos de apoyar claramente la no realización de un evento de esas características, mientras no dejaba de manifestarse a favor de una causa humanitaria frente a la cual la esfera pública francesa estaba muy sensibilizada –y ello en el contexto de la carrera electoral ascendente de François Mitterrand que llegaría al poder en 1981–³⁷.

Por eso, el Mundial fue la ocasión de un auténtico cruce de declaraciones sobre las libertades democráticas en relación con la política internacional este-oeste³⁸, donde lo que estaba en juego era, a su vez, el alineamiento político de las fuerzas francesas sobre este tema y las coyunturas políticas internas. Si el boicot fue un espacio donde las distintas izquierdas francesas debatían sus conflictos bajo el combate redescubierto de los derechos humanos, la lógica humanitaria parece imperar y ser altamente movilizante, siempre y cuando no estuviera reñida con la lógica de la competencia política local o los alineamientos de política internacional.

El "efecto COBA"

A pesar de la movilización producida, el Mundial se realizó tal como estaba previsto, en la Argentina, sin incidentes importantes y con una normal presencia francesa. No obstante, esta circunstancia no fue vivida por los organizadores del COBA como un fracaso. Todos los actores entrevistados consideran el alcance de la movilización en la esfera pública francesa como "inédito" e "inesperado" y muchos hablan espontáneamente del "éxito" del boicot y de la "sorpresa" de sus alcances, medible en la cantidad de ejemplares vendidos de *L'Épique*, en la gran cantidad de cartas, pedidos de materiales gráficos y donaciones recibidas en el comité³⁹.

Tan pronto como el Mundial se inició, el COBA comenzó a hacer balances públicos, en los cuales se destacaba que si bien el evento no se había impedido ni cambiado de sede, se habían formado 200 comités; la petición para su suspensión había reunido 150.000 firmas; se había juntado una suma importante de dinero para ayudar a las víctimas de la represión y la presión francesa sobre el gobierno argentino –empujada por el efecto del COBA– había permitido la liberación de 4 ciudadanos franceses⁴⁰.

Más allá del balance de los propios actores, el primer efecto visible de la campaña fue la gran difusión de información sobre el "caso argentino". Si en los primeros años 70, el país latinoamericano más conocido en Francia era Chile, a partir de 1978 el efecto del Mundial y la emergencia de la figura de las Madres de Plaza de Mayo –transformadas con los años en un auténtico símbolo de la resistencia a la dictadura argentina– comenzaron a ser elementos conocidos de la opinión pública francesa. Así, la revisión de la prensa del período muestra una presencia casi diaria del tema y una posición favorable al boicot en la mayoría de ellos⁴¹.

En este punto, nuestra pregunta inicial puede ser reevaluada más cuidadosamente: ¿por qué este "efecto COBA"? ¿Por qué un emprendimiento originado en sectores vinculados a la extrema izquierda francesa y a un país lejano y relativamente ajeno como era la Argentina para los franceses produjo esta movilización? Las respuestas y factores a considerar son múltiples.

En primer lugar, hay un factor esencial que es la importancia del fútbol en la cultura popular moderna y, en particular, las pasiones que eso moviliza cuando se trata de encuentros internacionales como los mundiales. Por tanto, una discusión pública sobre el tema tie-

ne una capacidad movilizadora mucho mayor que si se tratara de un evento científico o cultural. Más allá de la discusión acerca de si la importancia del fútbol funcionaba a favor o en contra del boicot, sin duda sí funcionó amplificando el debate. Y tal vez esto explique, por ejemplo, la movilización especialmente importante que tuvo a nivel de los adolescentes y jóvenes franceses.

En segundo lugar, hay un efecto relacionado con la sensibilización de la esfera pública francesa hacia el caso chileno: todos los actores argentinos y franceses entrevistados a lo largo de nuestra investigación señalan la existencia de este antecedente como un factor fundamental para explicar la solidaridad recibida y la difusión de la campaña contra el Mundial. Así, la sociedad francesa estaba fuertemente sensibilizada ante las dictaduras latinoamericanas y, en particular, con aquellas donde la represión tocaba la conciencia francesa sobre los derechos humanos. De esta manera, una campaña basada en la difusión y las características de la represión del régimen argentino favorecía una recepción dentro de esquemas político-culturales preexistentes.

En tercer lugar, esta sensibilización pro-latinoamericana se producía en un momento particular de la sociedad francesa: una etapa de gran movilización y a la vez de gran crisis de sus izquierdas. Los años 70 forman parte de una ola larga y lenta de reflujo político del Mayo francés, cuya concreción final de desmovilización se alcanzaría recién en los años 80, a partir de la "era Mitterrand". Mientras esta ola larga se iba generando, en los 70 la movilización política fuera de las estructuras partidarias tradicionales aún estaba en pleno auge. Movimientos vinculados a sensibilidades de izquierda pacifistas, antinucleares, de derechos humanos, feministas, pro-aborto, gays... eran facto-

res de gran movilización y efervescencia para una gran cantidad de antiguos militantes de la izquierda francesa, muchos de ellos "decepcionados" del Mayo francés. Esta decepción estaba profundamente ligada tanto a la crisis de las fuerzas tradicionales de izquierda desde 1968 como a la no canalización política del movimiento post-68 y las sucesivas crisis de las diversas izquierdas.

Para la izquierda más tradicional, los 70 estuvieron marcados por el intento de unión del PCF, el PS y el Partido Radical de Izquierda desde 1972. Esta unión permitió a la izquierda un progresivo ascenso electoral a lo largo de toda la década, en el marco del gobierno de derecha de Giscard⁴². No obstante, un hecho más puntual enmarca esta situación: se trata de la derrota electoral de la coalición en las elecciones legislativas de marzo de 1978, lo que producirá su inmediata y definitiva fractura⁴³. Esta coyuntura breve y específica no debe ser despreciada a la hora de considerar sus efectos decepcionantes con respecto a las alternativas políticas tradicionales.

A pesar de la confluencia, hay aquí dos problemas diferentes que deben ser separados: por un lado, el compromiso activo y militante de quienes conformaron el COBA y, por otro, la adhesión más amplia de un vasto espectro de público sensibilizado por el tema. Para los primeros, sin duda, la crisis específica de la extrema izquierda y de sus proyectos partidarios de la cual provenían fue central. Para los segundos, el clima más amplio de ascenso y crisis electoral de la izquierda tradicional, por un lado, y el poder de movilización que posee el fútbol como deporte popular y masivo, por el otro, pueden haber resultado más definitorios. En ambos casos, una fuerte sensibilidad hacia América Latina y un contexto de alta movilización política heredado del Mayo del 68, y a la

42 Biard, Roland. *Dictionnaire de l'extrême-gauche: de 1945 à nos jours*. Belfond, París, 1978; Bréchon, Pierre, *Les partis politiques français*. La Documentation Française, París, 2001; Courtois, Stéphane y Lazar, Marc, *Historie du parti communiste français*. PUF, París, 1995; Hamon, Hervé y Rotman, Patrick *Génération. 2. Les années de poudre*. Points Seuil, París, 1998.

43 Portelli, Hughes. "Le Parti Socialiste", en Bréchon, P. Op. Cit.

vez de crisis e inestabilidad de las estructuras y proyectos partidarios, pudieron, en definitiva, favorecer una canalización de energías e intereses hacia causas concretas y puntuales.

Este planteo nos conduce a pensar hasta qué punto la campaña de boicot se inscribía en dinámicas públicas y políticas fuertemente francesas y sólo en un grado relativo en la situación argentina. Y esto introduce, entonces, un último factor fundamental a la hora de evaluar la presencia argentina en la campaña. Tal como sugiere uno de los testimonios citados, sumado a los otros factores ya indicados, la percepción de una dinámica política doméstica –y por tanto, ajena– puede haber aumentado la distancia de los emigrados argentinos frente al tema.

Algunas ideas finales

Creemos que la diversidad de elementos analizados muestra hasta qué punto el movimiento de boicot expresó los debates y las tensiones internas de la política francesa –y en particular de su izquierda. Así, parecería que el “efecto COBA” puede ser leído como parte del vacío político de una izquierda y de una extrema izquierda en plena redefinición; la primera hacia la socialdemocracia desmovilizada de los años 80, la segunda hacia la crisis de sus organizaciones y programas tradicionales. En ambos casos, el vacío político no es total y el alcance mismo del COBA expresa una energía política aun disponible a fines de los años 70, que no debe ser descuidada a la hora de explicar, inclusive, la gran solidaridad con la Argentina en la Francia de aquellos años.

De igual forma, es evidente que aún entre sus detractores el boicot fue el vehículo de expresión de numerosas tensiones internas de la política gala, especialmente en torno de las posiciones del PCF.

Por otro lado, la campaña de boicot permite observar las interacciones entre los emigrados políticos argentinos y Francia como sociedad de acogida. Así, la escasa participación argentina en el COBA revela, por un lado, los límites que los marcos de pertenencia e identidad política (y cultural) previa imponían a un compromiso más fuerte, en particular el relacionado con la identidad peronista y el nacionalismo. Sin embargo, la intervención limitada y ambigua, pero efectiva, de algunos de ellos y de la organización del exilio más importante –el CAIS– muestra las tensiones entre esos marcos políticos preexistentes y los marcos políticos de la izquierda francesa. Lo que resulta evidente es que esos marcos políticos, provenientes de otros encuadramientos ideológicos, así como el efecto de movilización producido, terminaron interpelando las propias posiciones de los emigrados políticos argentinos, creando situaciones de ambivalencia y tensión ideológica interna. Todo ello explica el apoyo reticente, la participación limitada y la poca explicitación de las posiciones argentinas, pero también explica la diferencia de posiciones entre el colectivo exiliado en Francia –y dentro de él los sectores que sí participaron– y otros grupos en España y, especialmente México, donde la gravitación de las organizaciones partidarias era más grande y la presión de la sociedad de acogida –sobre este tema– mucho menor.

De la misma manera, desde el punto de vista de la práctica política efectiva, la escasa participación argentina también remite a diferencias fuertes. La experiencia militante de la extrema izquierda francesa –en parte heredada del clima de mayo del 68– poco tenía que ver con las prácticas políticas argentinas, cuyos conflictos y situaciones específicas surgidas de la situación represiva y el procesamiento de la experiencia vivida estaban muy lejos de ajustarse

a la lógica francesa. Así, contextos heredados diferentes, prácticas específicas y urgencias diferentes explican la escasa participación argentina y el escaso margen de interacción de ambos grupos de actores. Sin embargo, la difusión de la situación argentina a través del debate por el boicot contribuyó enormemente a facilitar la solidaridad con los emigrados políticos y su tarea de denuncia internacional se vio fuertemente beneficiada en los años siguientes.

SOMOS

AÑO 2 - Nº 101 -
25 DE AGOSTO
DE 1976 - \$ 1.200 -
Precio de venta
\$ 1.200
\$ 1.200
\$ 1.200
\$ 1.200

Menotti dos meses después del Mundial
**"EL FUTBOL ARGENTINO
SE MUERE"**



Editorial Atlántida

Somos



NO. 2 - 1958
9 DE JUNIO DE 1958
\$ 0.05

LA LOCURA DEL MUNDIAL

ARCHIVO

Fútbol 78, vida cotidiana y dictadura

Por Alejandro Kaufman

Alejandro Kaufman es director de la carrera de Comunicación Social de la Universidad de Buenos Aires. Docente e investigador de la Universidad Nacional de Quilmes. Especialista en temas vinculados a Comunicación y Memoria.

En la condición del pasado reside una forma decisiva de lo ineluctable. En el deseo de redención reside la débil chispa cuyo brillo es la única oposición concebible a lo irreversible del suceso. El pasado contiene “*lo que no debió haber sucedido*”, o si no, la insuficiencia de lo sucedido. En el pasado reside el reino de la insatisfacción, cuando no el de lo irreparable. Entre la pérdida radical de lo que no debió haber sucedido y la miseria del acontecimiento se tiende la presencia de la memoria. Dar cuenta de la memoria en relación a lo no redimido es una tarea del presente. Es ahora cuando lo que pensemos o digamos del pasado habrá de configurar un sentido susceptible de aspirar a una realidad. El “*cómo debería haber ocurrido*” es tan estéril normativamente como ilusoria la fantasía del “*cómo debería ocurrir*”. En el imaginario colectivo contemporáneo hay un deseo a lo “*Jurassic Park*” de controlar el pasado, modelarlo, modificarlo. El discurso de la memoria no es inmune a ese imaginario.

Estas primeras palabras no tienen otro objeto que introducir una reflexión sobre lo que hoy podemos pensar y decir acerca de un pasado como el del Mundial 78, en un marco definido por la amplia problematización a la que son sometidas las conmemoraciones vinculadas

con la memoria. En la medida en que la institucionalización, inscripción jurídica e industrialización cultural de la conmemoración anamnética se fueron afianzando y generalizando, se fue perfilando una tendencia a una crisis de legitimación de la problemática político cultural de la memoria. Entre nosotros un hito significativo para el señalamiento del inicio de esa crisis fue la fundación del museo de la ESMA en el año 2004, cuando un suceso instituyente de semejante importancia fue puesto en tela de juicio por una parte del campo cultural y político del progresismo de aquel entonces. Cualesquiera que sean las contingencias que atraviesen las políticas de la memoria, indicar los problemas que atañen a las deslegitimaciones que las afectan no tiene otro objeto en exposiciones como la presente que discutir las tareas conceptuales y políticas necesarias para fundar y refundar el orden de la memoria.

El Mundial del 78 fue un gran acontecimiento inmanente a las existencias anónimas de nuestra contemporaneidad y, al mismo tiempo, un evento inquirido por los idealismos morales de lo que debería haber ocurrido. Es la irrevocable injusticia hacia los sujetos reales de la historia aquello que naufraga cuando se los somete al juicio implacable de una mirada sin espesor ni empatía por los vencidos. El horror se interpone con la empatía hacia los vencidos, la máxima blandura del corazón admite sólo la percepción y descripción de los grises, tal como Primo Levi ha narrado y explicado con su modo insuperable. Percibir y describir los grises supone a la vez remitir al mal, al horror, al heroísmo, a la bondad, al abandono de sí y al sacrificio del otro; todo ello sin otros parámetros que aquellos que en las experiencias límite se constituyen como objeto del testimonio. Si hay algo que aprender, es a pesar de todo ello. No se obtienen lecciones del horror. El horror no es

pedagógico, ni tiene nada que enseñar, en tanto que eso mismo es lo que pretende. Es a veces un testigo-sobreviviente quien puede decirnos algo que nos haga pensar a la vez en la inviabilidad y en la continuidad del mundo. No importa aquí más que recordar algo dicho y repetido con frecuencia. Las historias del Mal y de los héroes, singulares y escasas en número, bordean la inmensa, inconmensurable multitud que habita los grises. Es en esa multitud donde, sin poder explicar hasta las últimas consecuencias los detalles, sabemos que residen las claves del horror. El horror encuentra sus condiciones de posibilidad en las multitudes. Sin el plan del terrorismo de Estado, solución final o totalitarismo efectivos, no hay exterminio. Pero tampoco es posible llegar a las situaciones límite sin las multitudes que acompañan, consienten o son demasiado débiles para resistir u oponerse. Se trata de la supervivencia. Ante el horror, el único relato de pureza se inicia en la muerte del sujeto. La pureza reside allí donde se nos exige del testimonio. Si hay testimonio es porque hay un sobreviviente que lo porta consigo, y la supervivencia concierne a la graduación de la vida y sus oscilaciones. No hay en todo ello exención alguna de responsabilidad, ni borramiento de las graduaciones de la responsabilidad. Al contrario, solo es posible delimitar las responsabilidades si se registran las infinitas graduaciones del árbol de la vida, sus restricciones y propensiones. Por sobre todo, cuando la mirada se posa sobre los grises en sus tonos menores, es cuanto más imperativo resulta saber lo que se piensa o dice en el transcurso del trabajo de la memoria. Calificar lo acontecido en su tiempo y contexto sin remisión al trabajo de la memoria, clausura la valoración de los acontecimientos en lugar de someterlos a escrutinio, al contrario de lo que muchas veces se hace y dice.

Cuando nos disponemos a considerar una cuestión tan inmersa en la vida cotidiana como el fútbol, habremos de disponernos a considerar la manera en que toda una sociedad participó de una época histórica en sus alcances más distantes y profundos, pero a la vez triviales y efímeros. Si la vida práctica de los sujetos reales se desenvuelve entre esos valles y esas montañas, los acontecimientos del horror, que paralizan la trama vital del colectivo social bajo su gélido manto, han de aparecerse allí donde tuvieron lugar, en la sede intersticial de los sucesos de la vida diaria. La memoria de lo indecible aporta el tenor problemático que habilita una discusión crítica del presente. De no llevarse a cabo una tarea semejante, siempre a contrapelo, la memoria referirá a un pasado cristalizado y divorciado en sus lazos de sentido con la actualidad del devenir colectivo. El pasado crispado por el mal ejercerá sus influencias fatales en tanto se delimite como una negrura nítida y superada, en lugar de habitarse en el presente como una tarea de dilucidación apareada a la acción colectiva de cara al futuro.

Existen dos posibles preguntas sobre el gran evento del 78. La primera se desgaja en varios enunciados interrogativos. ¿Cumplió el Mundial 78 para la dictadura el papel que la dictadura imaginó y enunció? ¿Sirvió a los efectos míticos, políticos y propagandísticos? ¿Lo hizo más que muchos otros acontecimientos dispersos e intersticiales de la vida cotidiana de aquellos años, que ni siquiera nos son perceptibles o distinguibles? ¿No es lo emblemático del acontecimiento y de lo que la dictadura pretendió hacer con él aquello que nos lo hace asociar en alguna medida con la propia dictadura? Porque hay que decir que aún está pendiente el análisis de la correlación entre aquellas acciones que la dictadura llevó a cabo, el

sentido que les atribuyó y las consecuencias concretas que tuvieron lugar en el plano de lo real. ¿En qué sentido la dictadura consiguió practicar la represión del movimiento revolucionario setentista? ¿Qué condiciones sociales, políticas y económicas dejó el Proceso como saldo que lo sucediera? ¿Hay muchos aspectos del fútbol como práctica, como institución y como identidad que habrían de modificarse en la actualidad si sometiéramos a escrutinio la relación entre el fútbol y la dictadura? Porque esto nos lleva a otra serie de interrogantes. ¿El Mundial hubiera sido *muy distinto* de haber tenido lugar en la postdictadura? Esta no es una pregunta tan fácil de formular por razones ajenas al fútbol. Es difícil –también– porque no tiene una respuesta colectivamente elaborada en otros aspectos de la vida en común, como sucede por ejemplo con los grandes medios de comunicación masivos. Un fútbol que no haya saldado sus relaciones con la dictadura ¿es por ello algo que en la actualidad se podría postular como un factor de continuidad con la dictadura en algún aspecto de la experiencia social?¹.

El abordaje del Mundial de fútbol como fenómeno imbricado en las tramas de la cotidianidad ha sido considerado por algunos desde perspectivas heterogéneas. La imbricación en la vida cotidiana es un fenómeno ubicuo y naturalizado por un lado, y por otro fetichizado en la medida en que lo concerniente al horror dictatorial es situado en una dimensión sustraída a la vivencia cotidiana. El ocultamiento de la perpetración plantea preguntas sobre las razones por las que el horror, la tortura, la desaparición no son objeto de exhibición. Hay que reconocer primero que las condiciones del par ocultamiento/exhibición son histórico-sociales, y que en la época de la dictadura el potencial exhibitivo de las imágenes de la violencia plan-

teaba diferencias con las modalidades actuales. Todo lo concerniente a la convivencia con la perpetración, aquello que se ocultaba, sale a la luz con el fin de la dictadura, y ejerce influencias por medio de operaciones metonímicas. El contacto con el horror emana y tiñe los cuerpos, comienza con el perpetrador y sigue en forma radial hacia otros planos sociales.

Un análisis de Nicolás Casullo remite a la consideración del fútbol como una actividad relativamente neutral, en tanto que tal, respecto de una dictadura. Dice desde el exilio:

[...] “también sabíamos que el 90% de ese pueblo tan lejos, que se alegraba con los resultados favorables y las embestidas de Kempes, no estaba en la tribuna, o frente al televisor, aprobando el genocidio de las fuerzas armadas, ni confundiendo los tiros libres de Pasarella con los diagramas de los grupos de tareas. Por supuesto tuvimos plena conciencia de la instrumentación que el Estado de Terror hacía de ese mundial, y de cierto periodismo deportivo que con nombre y apellido (no sólo José María Muñoz) sirvió directamente a la maquinaria de esa manipulación. Pero también sentíamos que el fútbol significaba, desde la larga historia de los que poblamos por años los tablonés, una biografía de recuerdos –de citas en descampados, de secretos de infancias, de voces, palabras, lenguajes, de haberlo jugado hasta la extenuación de las tardes, de entrañable periodismo deportivo, y sueños de títulos mundiales que no fuesen solo de uruguayos y brasileños– que hacían también a esa identidad intransferible, futbolística, de lo humano argentino” (Blaustein-Zubieta, 238).

En las últimas líneas de la cita se entrama la red vital de la cotidianidad, situada en cualquier experiencia social, por penosa que sea. En la experiencia directa y llana de quienes “pueblan los tablonés” el Mundial de fútbol se

1 Alabarces (2002) especifica los problemas relacionados con la postmemoria y el abordaje conjetural de estas cuestiones.

coloca a una distancia máxima del horror, allí donde no cuentan las fotos de Ernestina de Noble celebrando con Videla. El *establishment*, diremos, no vive la experiencia del fútbol en forma neutral, porque no es pasible de la cotidianeidad llana y gris, plana y trivial, en la que están sumergidas las mayorías, que reproducen su existencia, viajan por la ciudad, estudian y trabajan. Casullo prosigue: “Aquellos que nunca pudieron aceptar que la vida del ‘proletariado’ estaba también hecha, en su miseria social, de cultura festiva: un casamiento, una bailanta, un bautismo, un largo truco con ginebra, una cinta recibida del ‘tirano prófugo’ terminada con sidra Real” (Blaustein-Zubieta, 240). Miseria y fiesta se alternan en la experiencia vivencial real. No es precisamente el fútbol la situación en la que más está presente lo dictatorial, por otra parte ubicuo, incluido el fútbol. En este aspecto se pone en tensión la distinción del Mundial de fútbol como una cuestión privilegiada respecto de otras cualesquiera que formaran parte de la vida cotidiana. ¿Una fiesta de casamiento? ¿La institución civil del casamiento en la dictadura? Una experiencia indudablemente teñida por el transcurso dictatorial genocida, pero difícilmente conducente a un debate vinculado a culpas y responsabilidades, o inquisiciones relacionadas con las instituciones implicadas, tales como la familiar o el Registro Civil de la dictadura. En estos planos es cuando la inmanencia de la cotidianeidad en la dictadura, lejos de exculpar a la multitud, ni de inculparla, comienza a hacer visible la agobiante sucesión de grises indecibles que pueblan nuestra memoria colectiva. Casullo:

“Pero además, pensé, no sólo el Mundial, sino todo lo que seguía transcurriendo en la Argentina, transcurría: a pesar de los torturados, asesinados y desaparecidos. Transcurrían las redacciones con periodistas que llenaban pági-

nas, el Teatro San Martín con obras y actores renombrados, los suplementos culturales, los estudiantes en la universidad, los partidos de la AFA, los cines llenos. Algo que muy en el fondo mortificaba el alma del exiliado: que la vida, allá en la tierra de uno, transcurriese, siguiese transcurriendo, inmersa en el Mal de la historia. Muchos, entre ellos yo, creíamos sin embargo que estaba bien que así fuese: que la sociedad nunca es, afortunadamente, un intelectual de izquierda y sus bibliografías. Es sobre todo una sobrevivencia insobornable durante las noches de mierda que propone la historia. Que Luque, Ardiles y el propio Menotti, como el periodista trabajando y el actor del San Martín y el estudiante rindiendo materias, eran la Argentina real, porque la historia no se interrumpe ni se suspende, ni entra en ningún paréntesis, y recién terminando los tiempos aciagos existe la posibilidad de repensarla” (Blaustein-Zubieta, 240).

Sin embargo, estas líneas escritas a propósito del fútbol no son planteadas por su autor para ninguna otra circunstancia, y es esto lo que nos debe llamar la atención, no que señale una absolución del fútbol, sino que el fútbol y su Mundial remiten a unas tramas corrientes, transcurros, días y tareas que no son formuladas en estos términos para otros acontecimientos (inmersos en el “Mal de la historia”). Lo que nos señala esta clave es que el uso del fútbol por parte de la dictadura exhibe una relativa independencia de la experiencia viviente del colectivo social. Entonces, cuando vemos las imágenes de los perpetradores festejando, con todo lo problemáticas que son, deben recordarnos que el fútbol es el único marco experiencial en la Argentina, en el que ciertos fenómenos de sociabilidad, tregua y neutralidad tienen lugar. En la Argentina se podría representar esta condición mediante una caricatura:

el verdugo podría intercambiar expresiones futboleras en el patíbulo con su víctima sin que se modificara la hórrida asimetría que los diferencia. ¿Es ello así? En esta momentánea apariencia de comunidad se instala uno de los interrogantes más radicales sobre la subjetividad colectiva argentina. Quien no cultiva el gusto por el fútbol se queda sin conversación posible con el desconocido, con el extraño, incluso con el enemigo durante el cese del fuego. ¿Nos ha de llevar esta observación a contemporizar con el fútbol como un gran analizador del lazo social argentino? ¿O nos hará precisamente recelar de la consistencia del lazo social que el fútbol pone bajo la caución de una apariencia? La genealogía del fútbol remitiría al reverso de la condición de lo destituyente².

Se trata efectivamente, entonces, de considerar el Mundial del 78 como un analizador, no de la dictadura ni de la opresión experimentada, sino como un acontecimiento que es utilizable en tanto *dispositivo analizador de los relatos* sobre la dictadura. No se trataría, insistamos, de que el relato sobre el Mundial tenga un carácter absolutorio sobre las multitudes, sino que nos permita en cambio establecer un plano analítico comparativo con el conjunto de la gris red inmanente de la vida cotidiana, que es, finalmente, aquella que por no ser susceptible de nítida condena, al estar constituida por un *continuum* de graduaciones, queda entonces, sí, absuelta en forma generalizada. La principal consecuencia de todo ello es que la condena moral y política, incluso jurídica, se cierne solo sobre los perpetradores, en tanto que a su alrededor se generaliza la absolución. La actual crisis de legitimación de las memorias del horror e incluso del estatuto imaginario de los derechos humanos en la Argentina encuentra su clave en estas dislocaciones categoriales e insuficien-

cias disponibles sobre los relatos acerca de la dictadura y sus horrores.

La obra de Fogwill, *En otro orden de cosas*, es un texto iluminador para orientar los interrogantes aquí sugeridos. Estructurado en capítulos fechados entre 1971 y 1982, procede como un registro experiencial de un sujeto que atraviesa esos años mutando de maneras ¿adaptativas? Comienza como un militante revolucionario, pero en la dictadura se convierte en un empleado crecientemente involucrado en políticas de gestión de la ciudad y la cultura. El pasaje desde el sujeto revolucionario hasta el sujeto adaptado a la dictadura, comprometido con la construcción de las autopistas de Cacciatore, tiene lugar "sin atributos". No hay dramaticidad en ese pasaje, como no la hay tampoco en la mayor parte de las experiencias transcurridas. Probablemente las únicas experiencias que comprometen el acontecer del sujeto protagonista sean el sexo y el consumo, es decir, el deseo en su forma inmanente en la gris cotidianeidad. Un plexo de flujos libidinales autónomos que alternan un transcurrir sin significación ni mayor trascendencia que la aportada por la posibilidad de habitar una poética de la desolación. El acontecer transcurre sin melancolía ni tristeza, sino más bien con un fulgor traslúcido, consciente, sin esperanzas ni recelos. En este relato no hay lugar para la experiencia del sobreviviente ni para el testimonio. Resulta mucho más llamativa la trivialidad con que es presentada la militancia revolucionaria o la construcción de autopistas (ambas en un contrapunto que periodiza el devenir vital del protagonista sin relieve ni *pathos*) que la distancia con que el protagonista relata su relación con el Mundial. Lo notable de la narración es que se expone la ajenidad del protagonista frente al fútbol. Esa ajenidad no se manifiesta solo como desolada exterioridad existen-

2 Al respecto, véase mi trabajo "Lo destituyente. Progresiones y regresiones" en: *Pensamiento de los confines* N° 22, junio de 2008.

cial frente a los acontecimientos sino como desinterés consciente del sujeto. No se nos relata la saga de alguien que participa o finge participar de la fiesta del fútbol, a la vez que no cree en ella ni establece una distancia hostil o indiferente, sino el ejercicio de un frío desdén que no participa de ningún modo de la experiencia. Allí hay algo que llama la atención: podríamos conjeturar que si la implicación "sin atributos" fue posible para el protagonista en la militancia revolucionaria o en la construcción de las autopistas, ¿por qué no lo fue también en el Mundial de fútbol? En ese contraste es donde el relato de Fogwill resulta funcional a nuestros interrogantes. La relación con el Mundial de fútbol plantea un registro diferente de otras experiencias connotadas en forma pletórica por sus significaciones políticas, ya sea la violencia militante de los 70 o el conformismo tecnocrático de la dictadura. En el relato de Fogwill, el fútbol es otra cosa, algo que se puede ver en otro plano y con otra distancia. A la postre, desde el punto de vista de un *dispositivo analizador*, tanto Casullo como Fogwill nos permiten escindir, aunque de maneras distintas e incluso opuestas, al Mundial 78 de las tramas significantes de la dictadura, para inscribirlo en el núcleo que nos habilita para construir las condiciones analíticas de la vida cotidiana de aquellos años, en el marco de la amplia diversidad de los matices que alternan entre el horror y la insignificancia.

Ambos relatos nos remiten a una relativa neutralidad valorativa en el abordaje de la conmemoración del Mundial 78 en cuanto a sus inscripciones contemporáneas y sus relevos testimoniales. Otra cosa es considerar las especulaciones y descripciones concernientes tanto a los exterminadores como a aquellos que en esos años aún se autodescribían como antagonistas en la lucha armada (contra la dictadura).

En el transcurso de aquel año ya se verificaba el divorcio desgarrador entre las víctimas del horror, la experiencia de la derrota y la continuación de ciertas acciones militantes que denegaban lo acontecido. En las tramas de esos sucesos, relativamente ajenos a las experiencias colectivas concomitantes, el despliegue de lo relacionado con el Mundial 78 asumía rasgos muy diferentes, ya no implicados con la gris continuidad microhistórica de la cotidianeidad, sino con la inscripción épica de los sujetos de la gran historia. El horror exterminador cuenta entre sus víctimas precisamente a esos relatos de la gran historia, convertida en ruinas por el exterminio, aun antes de ser relatada. No obstante, esas ruinas de la gran historia aún nos muestran sus estertores agónicos, mientras refrendan en otras instancias el entramado binario de un conflicto bélico allí donde ningún rastro quedaba de semejante evento concluido en el transcurso de 1975 por la derrota y finalizado trágicamente por el horror desplegado por el *proceso*.

Lo cierto es que cada nuevo mundial de fútbol, sus espectacularidades televisivas y presenciales, sus violencias "juliganescas" y las largas conversaciones gregarias que circundan y alimentan todo ello no nos recuerdan necesariamente al horror dictatorial. Como con pocas cosas sucede, cada vez que se nos presenta el fútbol en la vida cotidiana, nada del horror de la dictadura impregna su recuerdo, ni implica ninguna complicidad con los juegos de aquel año, ni siquiera una especial huella del inmenso trauma que aquellos años nos dejaron.

En cambio, volvamos al papel incisivo del texto de Fogwill, y consideremos una imagen ubicua debida a la insistencia icónica del noticiero de las 24 horas de *TN*, canal nacional de cable, líder del poder mediático destituyente de nuestros últimos años argentinos. Transmíti-

do desde su estudio vidriado con vista a la ciudad, ese noticiero, visto en todo el país a toda hora y en forma continua, presenta un emblema mudo e implícito: las autopistas de Cacciatore como horizonte inmanente del paisaje urbano, como símbolo nacional expuesto en forma de monumento viviente del pasado en el presente gris y sin atributos de la actualidad tan difícil y desgarrada de nuestra Argentina. Vemos una y otra vez el incesante movimiento de los vehículos que desfilan velozmente por el fondo de ese escenario. Es así como se representa en forma decisiva la hegemonía de los discursos actual y realmente circulantes, allí donde habita, tan imperceptible como ostensiblemente el horror, de un modo que ningún partido de fútbol podría evocar.

Apéndice

Hemos considerado oportuno citar en forma extensa, prácticamente la totalidad de los pasajes dedicados por Fogwill al Mundial 78 en su obra *En otro orden de cosas*:

“Por esos días, (...) prácticamente todos, (...) estaban excitados con los partidos por el trofeo mundial de fútbol. Se interrumpían reuniones y sesiones de trabajo para que la gente asistiese a las transmisiones de televisión o a los mismos partidos que se jugaban a pocos minutos de allí. Una tarde se suspendió el trabajo y decretaron feriado. Nadie hablaba de otra cosa.

Él miraba las pantallas y no conseguía entusiasmarse. Llegó a conocer el nombre de los principales jugadores y a reconocerlos por su aspecto o por los rasgos de sus caras, pero miraba la pantalla y pensaba en el trabajo pendiente, calculaba el tiempo perdido y se preguntaba cómo sería la vida de los que se mostraban más interesados en el tema.

Al parecer, los más insignificantes y prescindibles del personal exageraban su pasión –expectación, concentración, expresiones de triunfo o de ira– como una forma de revancha contra la grisura de sus vidas. Gritaban ‘¡Gol!’ o ‘¡No!’, emitían órdenes o avisos a las imágenes de los jugadores y alentaban al equipo televisado, compartiendo con sus jefes y superiores esos instantes de igualdad que el episodio colectivo había venido a concederles.

Él no toleraba más de unos minutos frente al televisor. Su único alivio era imaginar que era uno de los jugadores que la cámara perseguía y que tenía la misma destreza y el mismo brío que mostraban sus carreras, piques y pases de pelota.

Pero siempre la escena se demoraba, la cámara enfocaba zonas inactivas del campo, la voz del locutor introducía comentarios gratuitos y frases hechas y llegaba un momento en el que estar allí se volvía insoportable.

Entonces se apartaba y salía a caminar por las playas de maniobra y los baldíos del puerto, marchando a paso vivo y conteniendo el aliento como si también él fuese un jugador.

El puerto estaba prácticamente paralizado. En las parrillas había grupos pendientes de la pantalla de un pequeño televisor portátil, pero la mayoría de la gente debía estar mirando lo mismo desde sus casas o a bordo de los barcos que tenían antenas.

Por momentos, llegaba un eco desde la ciudad: pasaba un ómnibus cargado de hombres que coreaban las sílabas ‘Ar-gen-tina, Ar-gen-tina’, y él trataba de acompasar su marcha con ese ruido y, por instantes, sentía una vibración de fondo y recordaba el retumbar.

Pero era un ruido discontinuo. Ni siquiera nombraban un país, las voces.

‘Argentina’ era en ese momento un equipo de once jugadores y un rato después volvería a

ser otra cosa. O muchas cosas: una distinta dentro de cada cabeza. Para alguien sería un recuerdo, para otro la esperanza de un suceso que le trajera, por fin, algo deseado durante mucho tiempo. Para aquellos que habían quedado en la torre pendientes de la pantalla del televisor en el piso de los jefes, 'Ar-gen-tina' significaría cada uno de los doce puntos de encuentro en que dividían el año: el calendario de distribución de las planillas de pago" (pp. 105-107).

Bibliografía

-ALABARCES, PABLO. *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*, Prometeo, Buenos Aires, 2002.

-BLAUSTEIN, EDUARDO. *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de las villas de la última dictadura*, Comisión Municipal de la Vivienda, Buenos Aires, 2001.

-BLAUSTEIN, EDUARDO Y ZUBIETA, MARTÍN. *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Colihue, Buenos Aires, 1997.

-FRANCO, MARINA. "Derechos humanos, política y fútbol". Versión corta de un trabajo mucho más extenso, en el marco de una tesis de doctorado sobre los exiliados argentinos en Francia (1973-1983), bajo la dirección de Hilda Sabato (UBA) y Pilar González Bernaldo (París 7, Francia). <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/franco.pdf>.

-FRANCO, MARINA Y LEVÍN, FLORENCIA (compiladoras). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007.

-FOGWILL, RODOLFO. *En otro orden de cosas*, Interzona, Buenos Aires, 2008.

-PERCY, MARTYN y TAYLOR, ROGAN. "Something for the weekend, sir? Leisure, ecstasy and identity in football and contemporary reli-

gion", *Leisure Studies*, Volumen 16, enero de 1997, pp. 37-49.

POSGRADOS | 2008

EN COMUNICACIÓN

DOCTORADO - MAESTRÍAS - ESPECIALIZACIONES - SEMINARIOS

• Doctorado en Comunicación *
doctorado@perio.unlp.edu.ar



• Maestría en Planificación y Gestión
de Procesos Comunicacionales / PLANDESCO *
plangesco@perio.unlp.edu.ar



• Maestría en Periodismo
y Medios de Comunicación *
maestriaperio@perio.unlp.edu.ar



• Especialización en
Comunicación Radiofónica
esp_rad@perio.unlp.edu.ar



• Especialización en Comunicación
y Medio Ambiente
esp_medioambiente@perio.unlp.edu.ar



• Especialización en Prácticas, Medios
y Ámbitos Educativo-Comunicacionales
esp_educa@perio.unlp.edu.ar



• Especialización en
Comunicación y Salud
esp_salud@perio.unlp.edu.ar



• Especialización en Periodismo
y Economía Política
esp_econo@perio.unlp.edu.ar



• Seminarios de Posgrado
posgrado@perio.unlp.edu.ar



Acreditados por CONEAU *

CONTACTO

Secretaría de Investigaciones
Científicas y Posgrado de la
Facultad de Periodismo y
Comunicación Social
Calle 44 N° 876 - (1908)
La Plata - Bs. As. - Argentina
Teléfono (054 - 221) 422-4815 /
422-4030 ó 423-6784 - (Interno 113)



Secretaría de Investigaciones
Científicas y Posgrado

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

tram[**p**]as

de la comunicación y la cultura

Revista Tram(p)as de la comunicación y la cultura.
Publicación mensual que intenta abordar, con una perspectiva interdisciplinaria, los campos de la política, la cultura, la comunicación, el periodismo y los medios, realizada con el aporte de docentes e investigadores del país y del exterior.
Artículos, entrevistas y reseñas bibliográficas.



E-mail: trampas@perio.unlp.edu.ar

Los chicos del Mundial

Por Reynaldo Claudio Gómez

Reynaldo Claudio Gómez es Licenciado en Comunicación Social. Vicedecano de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Profesor e investigador de esta casa de estudios.

Quisiera apelar al lector, sobre todo al joven lector, para que admita una licencia en este artículo, y también a los editores: prefiero elegir un tono personal para referenciar el Mundial 78, más que avanzar desde un criterio académico o científico.

Para los que atravesamos los 40 de edad, el Mundial 78 constituye uno de esos hechos que la literatura y la costumbre gustan de denominar como “significativo”. También se ocupan del término, con el pasar del tiempo, la dignidad y la memoria. La implicancia de este concepto refiere menos a la discusión de café sobre la validez del campeonato que al cachetazo que el correr de la historia le puede propinar a un desprevenido. Máxime cuando ese desprevenido es parte de un pueblo confundido y confuso y apenas tiene 12 años.

Es cuanto menos curioso que a 30 años de aquel Mundial, disputado en Argentina, protagonizado por argentinos y celebrado por muchos argentinos, al país todavía lo seduzca más el debate sobre la legitimidad de la goleada a Perú, que la incómoda tarea de reacomodar la historia a propósito de la mayor masacre que registra, justamente, su historia.

La ciudad de La Plata, soterrada como muchas, abatida como pocas, también fue, por su-

puesto, escenario de ese Mundial. Y lo fue desde unos cuantos días antes de su inicio: cuando nos enseñaban esquemas marciales en Educación Física porque todos los alumnos debían estar preparados para la fiesta inaugural; cuando las milicadas dejaban muertos frente a los ojos de los chicos, cuando nos obligaban a abandonar el potrero porque querían limpiar la plaza para los turistas.

El esquema del Mundial

Al fastidio de las clases de Educación Física, en contraturno y con pocas pretensiones atléticas, se le sumó en los días del 77 la firme decisión del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires de desarrollar en todas las escuelas de su jurisdicción el esquema gimnástico que no más de 100 jóvenes iban a poner en práctica en la fiesta de inauguración del Mundial.

Por eso, debíamos concurrir con camisetas, pantalones y medias blancas y estar dispuestos a pasar toda la clase, millones de estudiantes secundarios, repitiendo hasta el cansancio los movimientos plásticos de una figura entre artística y deportiva y definitivamente cursi. La definían como una copia mejorada de lo que había hecho Alemania en el 74.

El rigor nunca aplicado a otras disciplinas deportivas, ahora se tornaba casi obsesivo y hartaba hasta a los mejores alumnos. Era un ritual marcial, una especie de desfile que con contoneos y poses extrañas derivaba en el paso de una pelota imaginaria de una mano a otra. No podía salir mal, todos debían saber perfectamente la repetición del esquema, porque iba a ser observado por el mundo entero en una transmisión televisiva que, para buena parte del resto del mundo, iba a salir en colores. Pero, sobre todo, había que estar perfectamente preparados para la vista del presidente

Jorge Rafael Videla y de los otros dos componentes de la Junta Militar, Emilio Massera (Marina) y Orlando Agosti (Aeronáutica). En tanto, en las clases, discutíamos con la profesora de Instrucción Cívica la pertinencia del voto calificado; claro, si volvía la democracia.

Aquella mañana de verano del año 76, cuando nos alojábamos, como lo hacíamos en lo cotidiano, al umbral del Tambor de Tucuarí, en la Plaza Máximo Paz, de 13 y 60, el ulular de la sirena nos despabiló un poco. Pantalones cortos y sin medias, las patas flacas de mi amigo Memo parecían la copia más mugrienta de *El Pibe* de Chaplín. Tres tipos corrían entre los árboles y los patrulleros rodeaban la plaza. El partido era contra la Plaza España, a eso de las 11, aún nosotros nos estábamos juntando y los rivales no llegaban. Seguíamos la escena con atención y, la verdad, sin asombro. Uno de los tipos salió para la avenida 13, otro para la 60 y al otro lo perdimos de vista. Al primero lo seguimos nosotros y uno de los patrulleros. Corrió con todas sus fuerzas por la 13 y dobló en 59 hacia 14; intentó esconderse en un *garage*, pero cuando manoteó el picaporte para ingresar, la puerta estaba cerrada. Volvió a la calle por última vez: unos cuantos disparos terminaron con su carrera. Con Memo, mi amigo, vimos un muerto por primera vez de frente. Unos cuantos minutos detuvieron la escena -o quizás fue un instante ¿quién sabe cuánto dura un instante? -: el tipo tirado en el suelo, baleado su cuerpo y el portón del *garage*, dos policías jóvenes y nosotros. Y nadie más en calle. Al otro día, Memo me contó que su mamá le había dicho que el diario decía que ese y los otros tipos se habían escapado de la Unidad Regional de 12 entre 60 y 61. En el barrio, hablaban de "ley de fuga". Manolo recordó que había hecho cuatro de los nueve goles que le metimos a Plaza España.

Socializábamos ahí

Llegaron con los colectivos, de repente. Y nos tomaron por sorpresa. A pesar del miedo, alguien calculó que las "escopetas" eran pesadas. Serían unos veinte y unos treinta nosotros. Tenían cascos y armas, estaban vestidos de verde y sólo algunos de ellos nos gritaban. El placer los miraba a la distancia y conforme. Había sido el delator. Derrotado en la batalla cotidiana había apelado a las fuerzas del orden. Meses llevaba la contienda: él, que nos corría y nosotros, que volvíamos. En los últimos días, ya le hacíamos frente. Las amenazas se cumplieron. Y los policías nos arriaron a todos. A uno lo subieron al colectivo con los dos caniches, porque lloraba. Vaya forma de la piedad.

Socializábamos ahí, en la plaza. Enfrente están todavía la Escuela primaria n° 4, Alejandro Carbó y la entonces mítica "Legión extranjera", un colegio secundario adaptado para contener inadaptados. A unas cuadras, la escuela José Manuel Estrada.

Provenientes de diferentes destinos, los pibes socializábamos ahí, en la plaza. Allá por el año 1976, nos sentábamos en el monumento y comíamos semillitas de girasol. Escupíamos las cáscaras con la habilidad de un loro. Desde la mañana, los pibes iban llegando. Cuando éramos unos cuantos, largábamos el picado.

La plaza era el lugar de encuentro. Había hijos de gallegos, tanos y judíos comerciantes de la calle 12; hijos de médicos y de tintoreros; hijos de peronistas, de maestras, de bancarios y de amas de casa. La plaza era el estadio y la pelota de cuero, el vínculo. Y se venía el Mundial.

Los mayores recordaban bien el fracaso del 74 en Alemania. Decían que la diferencia radicaba en la rapidez y el estado físico de los europeos. Decían que a la picardía criolla los de Europa la habían superado con mayor sacrificio

y entrega. La definición sonaba a la voz de un relator de radio.

Cuando armamos el equipo de la plaza, había pibes que no tenían ni siquiera una camiseta blanca para coserle el número. Ni qué hablar de medias o pantalones. En la casa Bo vendían unas remeras de piqué y te daban un pollito de regalo. Pero algunos no llegaban.

Así y todo, les ganábamos a los representativos de las plazas vecinas. Vencimos a la Plaza Alsina, a la Rocha, a la España y empatamos con el Parque Saavedra. Vaya a saber qué hubiera sido de aquel equipo si la impudicia del Mundial 78 no lo hubiera interrumpido.

El placer decía que era una orden de los militares. Que iban a embellecer las plazas para los turistas, que no podían seguir siendo un potrero. Nosotros, sin táctica ni estrategia, no íbamos a abandonar sin lucha la canchita. Y las amenazas se cumplieron.

Ellos eran 20 y 30 nosotros. Actuaron tan rápido que cuando el colectivo se pudo a andar por la 60, observé por la ventanilla que Lale había dejado el *pullover* sobre un banco. Unos lloraban; Manolo y Nicolás, más lúcidos, entendían la cosa. Al rato nos liberaron. En la puerta de la Unidad Regional encontramos un coquito e improvisamos una jugada.

Esos son algunos de los rasgos que recuerdo del entorno del Mundial 78. Podría adosarle el pétreo rostro de mi viejo cuando un alto mando de las fuerzas armadas le sugirió que no buscara más a su hermano y le mostró una carpeta en la que figuraban todos sus antecedentes; las historias del Imeldo y su hermana que, de noche, jugaban a contar las bombas, o la extraña partida de Carrascosa, el capitán de la selección.

Todo mezclado así, en un país de incertidumbre y de tragedia, en el que a los argentinos se sensibilizaban más por la muerte, en un

accidente de tránsito, del hermano de Leopoldo Jacinto Luque, el artillero goleador, que por la desaparición, tortura y muerte diaria de sus compatriotas.

Ahora, a la distancia, después de las Madres y las Abuelas, después de los Juicios, de las investigaciones todo se ve más nítido y aún así es difícil separar la algarabía del gol de las circunstancias que lo rodearon sin propiciar un anacronismo. Si el uso del deporte por parte del poder sirve para esconder una matanza o siquiera para distraerla, el Mundial 78 aparece como el símbolo de esa posibilidad. Goles y ruido para tapar los llantos, festejos y bocinazos para adornar la tierra arrasada. Nunca sabremos qué sintió el detenido que gritó el gol de Kempes, entre las rejas, casi adivinando el relato desde la radio del guardia. Acaso, por un instante se desprendió de la carne la ignominia. Por un instante, porque ¿quién sabe cuánto dura un instante?